

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Nº 761
Año LI
NOVEMBRE.-DICBRE. 1994

Duran i Bas, 9, 2º - Tel. 317 47 33
08002 BARCELONA
Director: Fernando Serrano

Imprime: Gráficas Fomento, S.A.
Peligro, 8. Barcelona
Depósito Legal: B-15860-58



IN MEMORIAM PAU LÓPEZ

José M. Alsina Roca

«AUNQUE HISTORIADOR PAREZCO,
SÓLO MISIONERO SOY»

¿PENSAR EN LA MUERTE ES PESI-
MISMO?

MARÍA, INVITACIÓN A LA TERNURA
EN LA EDUCACIÓN

LA DICTADURA DE LOS «ENTENDI-
DOS»

VERGARISMO

NUESTROS ABUELOS AMARON AL
PAPA

FAMILIA, EDUCACIÓN, MUNDO ME-
JOR

EL PRIMER EMPERADOR CRUZADO
Pau López Castellote

EN EL 150 ANIVERSARIO DEL APOS-
TOLADO DE LA ORACIÓN

MENSAJE DEL P. KOLVENBACH, S.I.,
DIRECTOR GENERAL DEL APOSTO-
LADO DE LA ORACIÓN

ORACIÓN A SAN JOSÉ

EN HONRA Y GLORIA DE LA SANTÍ-
SIMA VIRGEN MARÍA EN LA FIESTA
HERMOSÍSIMA DE SU INMACULADA
CONCEPCIÓN

José Vives Suriá

LA DOCTRINA ESPIRITUAL DE SAN-
TA CLARA

Miguel Ferrer Flórez

EL PADRE MORALES, S.J. (1908-1994)
Eudaldo Forment

IN MEMORIAM PAU LÓPEZ

Todos los que tuvimos ocasión de acompañar a la familia de Pau López en el funeral celebrado en Santa Maria del Mar en sufragio de su alma, quedamos impresionados por la multitud congregada; era algo más que un funeral por un amigo. Era el homenaje de la diócesis al que con su vida y apostolado había dado un testimonio público de fe viva, amor y fidelidad a la Iglesia y entrega filial a Dios. Era el fruto de la huella profunda que dejó en tantas personas con su dilatada labor pedagógica, con sus numerosos libros y artículos, con la responsabilidad que había asumido en los últimos meses de su vida en el apostolado familiar como Delegado episcopal para la Familia y, en fin, con su vida cotidiana llena de cordialidad, alegría, sencillez, con permanentes y renovados proyectos profesionales y apostólicos a los que te invitaba a colaborar. Todo ello fruto de su ansia incansable de hacer el bien, de comunicar la Verdad salvadora, en un mundo que él contemplaba tan necesitado de orientación y tan vacío de Dios.

Aquella emocionante manifestación de fe cristiana y de cariño y agradecimiento hacia Pau López me llevaba a recordar la relación personal que habíamos tenido a lo largo de bastantes años. Le conocí en Schola Cordis Iesu, con las señas de identidad de ser uno de los primeros colaboradores de la revista CRISTIANDAD y, como a él le gustaba recordar, en los primeros pasos fundacionales de la revista en tareas bastantes modestas, haciendo paquetes para su posterior envío. Esta colaboración nacía de su relación de hijo espiritual del padre Orlandis, inspirador de la revista y formador de sus primeros redactores. A lo largo de los años el trato con él siempre estuvo marcado por el gozo de ser amigo de quien conoció muy de cerca al padre Orlandis, del que tan constantemente y de forma conocida por todos, se reconocía como deudor porque, como le gustaba repetir en sus conferencias, además de haberlo formado, lo había engendrado espiritualmente con su educación y dirección espiritual. Por ello, en aquellos numerosos amigos que llenaban el templo de Santa Maria del Mar, también se podía comprobar la fecundidad espiritual del padre Orlandis. Con toda seguridad, el mismo Pau López hubiera estado deseoso de que así se reconociera. La influencia y el ejemplo de esta paternidad estaban en el centro de sus reflexiones sobre la familia y la educación. Recuerdo con que gran convicción interior, reflejada incluso en su tono de voz, en una reciente conferencia

a los padres de un colegio subrayaba la importancia del ejercicio de la paternidad a lo largo de la vida de los hijos. Ser padres, comentaba, es continuar dando a luz espiritualmente mediante la educación. Del mismo modo que dar a luz físicamente va acompañado de dolor, tampoco la educación se puede realizar sin que esté presente el sacrificio que va unido a la transmisión de la vida. Los padres tienen que pensar que cuando parece que no hay nada que hacer siempre queda algo importante y eficaz: llorar y rezar por los hijos. El llanto por los hijos es señal de este amor sin límites característico del amor de los padres, capaz de ser fuente de vida. Acudir a Dios suplicando su ayuda es el único remedio eficaz para poder llevar a cabo el ministerio de la paternidad y lograr que Dios conceda a los padres el don de la fortaleza para superar las dificultades y esperar con paciencia el fruto de sus desvelos y plegarias.

Formaba parte de la vida de Pau López su preocupación pedagógica, que era algo más que una tarea profesional. Dos ideas me gustaría subrayar, dos ideas que estaban siempre presentes en sus conversaciones y orientaban su actividad profesional. A los alumnos, para poderles enseñar, previamente hay que apreciarles y quererlos. Porque se les quiere, se les enseña, no se los manipula; y se les enseña sólo aquello que es verdad y fuente de vida. Hoy, repetía con frecuencia, se habla mucho de pedagogía y de cambios de planes educativos pero se ignora lo más importante para la enseñanza: la relación maestro-alumno. Sólo desde el aprecio y la conquista de la confianza del alumno el profesor puede ejercer su magisterio. Sin esto todo lo demás es inútil e incluso perjudicial. Cuantos alumnos y profesores de los centros en que trabajó podrían dar testimonio de como Pau López llevó a la práctica esta preocupación pedagógica fundamental.

Los últimos meses de su vida, cuando la enfermedad le impedía llevar a cabo sus compromisos adquiridos desde hacía tiempo de dar distintas conferencias, me pidió que le sustituyera en algunas de ellas. Recuerdo la insistencia para que aceptara dar una conferencia al clero de la Seo de Urgell sobre la familia. Movido por su característico celo apostólico, la había preparado con especial ilusión. Me comentaba: «Es tan importante poder ayudar a los sacerdotes, es una oportunidad para hacer un bien en la Iglesia». Servir a la Iglesia era ser portavoz de su magisterio. Veía con gran preocupación, desde que había sido nombrado Delegado episcopal para la Familia, como mucho novios llegaban al matrimonio desconociendo totalmente la doctrina de la Iglesia sobre la familia, en muchas ocasiones porque a los responsables de que esto no ocurriera les faltaba formación



o, lo que era aún más frecuente, porque estaban deformados. Era urgente para el bien de la familia y de la Iglesia dar a conocer su magisterio.

¡Cuantos planes y proyectos ilusionados pasaban por su cabeza para poder trabajar apostólicamente en este campo! Aún recuerdo como un día de este verano en que habíamos estado hablando en el hospital de estos proyectos, al despedirnos me dijo: «Tenemos aun que hacer muchas cosas; si no las podemos hacer desde la tierra, las haremos desde el cielo».

Las últimas conversaciones tenían ya un tema preferente: la aceptación de la voluntad de Dios, su actitud de inmolación, de ofrecimiento del dolor y de la muerte, su firme y confiada esperanza en la vida eterna. Confianza que él sentía como una gracia muy especial que Dios le había concedido en estas circunstancias. Este fue su último apostolado; lo ejerció con sus amigos, con médicos y enfermeras, admirados por este testimonio de fe y esperanza, y con sus artículos en *Catalunya Cristiana*. Manifestaba en un artículo publicado el pasado 28 de abril su deseo de terminar su vida con «actos de amor a Dios, al prójimo, oración confiada, y gozo de unirse a Jesucristo muerto en cruz y en camino hacia la resurrección»

En estas últimas visitas, cuando lo único que se podía

hacer era manifestar que le querías acompañar sobre todo con la oración, su respuesta agradecida era que el también correspondía con sus oraciones y sufrimientos. La última vez que lo visité, muy cercano ya su fin, me despidió diciéndome: «estamos luchando mucho». Interpreté estas palabras como queriendo expresar que ya había comenzado a realizar todos aquellos planes de los que habíamos hablando meses antes. Lo que quería hacer durante su vida y continuar en la eternidad lo estaba ahora realizando con esta inmolación desde su lecho de enfermo.

Toda la vida de Pau López refleja la huella profunda que dejó su maestro espiritual, el padre Orlandis, como él explicó con tanto entusiasmo con ocasión del acto celebrado en la Balmesiana, el pasado mes de abril al conmemorar el 50 aniversario de la fundación de la revista CRISTIANDAD, discurso que fue publicado en la revista en el número de abril-junio. Quedaba por explicar la lección más elocuente, la de los últimos meses de su vida. En ellos más que nunca aparece la huella de su maestro y padre espiritual. La culminación de la vida

cristiana es la inmolación en la cruz, inmolación gozosa en la espera del encuentro definitivo con Aquél que nos ha precedido en el camino de la cruz y de la resurrección, para así prepararnos una morada en la casa del Padre. Pau López, de la mano del padre Orlandis, había conocido a través de la vida y los escritos de santa Teresa del Niño Jesús «el caminito» por el que de un modo confiado y directo, propio de los que carecen de fuerza, de los pequeños, se puede dar toda la vida por amor a Aquél que por amor ha dado la vida por nosotros. En esta escuela de la Santa de Lisieux aprendió la lección que iba a dar al final de su vida con su ejemplar inmolación.

El padre Orlandis, según hemos oído de los que le trataron, afirmaba que esperaría en la puerta del cielo a los de CRISTIANDAD. Nos imaginamos con qué afecto lo habrá acogido y conjuntamente y a ejemplo de Santa Teresita habrán iniciado la realización de todos aquellos planes apostólicos que Pau tenía preparados para este tiempo.

José M^a Alsina Roca

¡Gracias!

«Volé tan alto, tan alto,
que le di a la caza alcance»,
clama, humilde, el hombre santo,
sediento en mística hambre.

«Volé tan bajo, tan bajo,
que no hay quien del suelo me alcance»,
gimo yo, creído, vano,
huero de hartazgos falaces.

No soy águila que pueda
traspasar el amplio cielo.
Soy hormiga que se mueve
con pasos torpes y lentos.

La mayor parte del año
la paso en el hormiguero,
noche oscura, estrecho espacio,
anhelando el cielo abierto.

A pesar de no ser águila,
sino hormiga en su agujero,
siento de Dios la mirada
sobre mí y sobre mis yerros.

Y veo en la oscuridad
que Dios quiere, en mi miseria,
mi vida santificar
aunque, ¡ay!, volar no sepa.

Gracies dé la creación
al Autor de maravillas
que expresan su Don de Amor
en águilas y en hormigas.

13 de julio de 1991
PAU LÓPEZ CASTELLOTE

IN MEMORIAM PAU LÓPEZ

«AUNQUE HISTORIADOR PAREZCO, SÓLO MISIONERO SOY»

Pau López reconoció más de una vez en estas mismas páginas, como lo hacía de palabra —y así lo recuerda José M. Alsina en el artículo precedente—, su condición de hijo espiritual del padre Orlandis. El artículo que sigue lo escribió para el número de CRISTIANDAD dedicado a la memoria del Padre después de su muerte (núm. 331, septiembre de 1958). Pau López supo hacer suyo, en su faceta de docente, el sentido de la frase que sirve de título.

Así definió nuestro querido padre Orlandis, hace ahora exactamente diez años, sus aficiones históricas.

Pero es el caso que esa frase, que efectivamente pronunció una vez, pudo haberla pronunciado muchísimas otras cambiando el primer término, y substituyendo al historiador por el filósofo, el teólogo, el escriturista, el literato, el moralista, etc., porque, en realidad, esa era la única idea del Padre *en todo*: ser misionero, llevar la Buena Nueva a todos los campos, «sobrenaturalizarlo todo».

Y porque ésa era su única idea, nos repetía, con muy deliberada frecuencia, aquella frase que parecía como el resumen-programa de toda una vida: «*hacer bien, no hacerlo bien*».

Ese *hacer bien* era la clave de bóveda de su síntesis personal, que exigía de todo cristiano, cualquiera que fuese su vocación, la comunión de ideal. En esa síntesis apostólica no hay profesión que quede excluida, no hay rincón de la vida que quede aparte, no hay la más mínima disgregación de actividad, ni de sentimiento, ni de ideal: siempre hay que *hacer bien*. No es otra cosa que la vivencia concreta en *todos* los actos de la vida —de cualquier vida— de la devoción al Sagrado Corazón, según la práctica del Apostolado de la Oración. Porque el Padre era lo más opuesto que pueda darse, por natural y por convicción, a la sensiblería y al filantropismo, de modo que el único bien que en definitiva consideraba en todas sus actividades era la sobrenatural.

«Porque al fin de la jornada —solía repetir muy a menudo citando al clásico— aquel que se salva, sabe, y el que no, no sabe nada».

Pero ese *hacer bien* únicamente sobre el hombre se realiza, ya individual ya colectivamente, o —siguiendo más la mentalidad del Padre— sobre el hombre-individuo y *sobre la sociedad*. Sobre el hombre *que vive*,

que sufre, que tiene problemas y pasiones, que lleva sobre sí el peso de un pasado, que está encarado con un porvenir, que ha sido creado por Dios y elevado al orden sobrenatural, que ha caído en el abismo del pecado, que ha sido redimido por Cristo, que tiene enemigos irreconciliables de su salvación eterna. Sobre una sociedad que necesariamente cercena la libertad de sus miembros, que les da un ambiente y les señala una dirección de la vida, que totaliza en un sentido o en otro las actitudes de los individuos, que acata o se rebela contra la autoridad de su Creador; sobre una sociedad, en fin, cuyos destinos no pueden quedar al margen de una preocupación sobrenatural.

Sobre un hombre y una sociedad que no sólo a sí mismos se limitan, sino que están también limitados por lo inorgánico, cuyo dominio les ensoberbece y les aboca a insondables abismos, cuando de Dios prescinde.

Este hombre y esta sociedad, sobre los que Dios tiene inescrutables designios y sobre los que el Espíritu del Mal actúa en contrario sentido, interesaban profundamente, sobrenaturalmente al P. Orlandis.

Y ésa era la historia que, para hacernos bien, y para que lo hiciésemos, nos enseñaba. Historia que comprendía toda actividad humana en cuanto tuviese una trascendencia, que suponía una preparación especulativa que posibilitase el conocimiento de aquella actividad humana, que exigía el estudio de la Revelación para dar sentido al acontecer histórico.

Esto explica la contextura de la genial biblioteca que durante la vida reunió el Padre para posibilitar su obra: el ambiente es la historia, pero su contenido tiene la variedad de la vida. En cuanto a su fin, «formar celadores del Apostolado de la Oración» —contestaba indefectiblemente cuando se le formulaba tal pregunta—; «y al celador lo hace el cielo» —añadía muchas veces—.

IN MEMORIAM PAU LÓPEZ

Tomada así la Historia, cobra una amplitud y una profundidad que la hacen inaccesible a quien no entregue su persona al *trabajo humilde*, humildad y laboriosidad de que fue vivísimo ejemplo y constante predicador el Padre. Tomada así la Historia, viene a ser —como él muchas veces decía— «*el pedestal del reinado Social de Jesucristo*». Tomada así la Historia



constituye un vivo libro de meditación del que el P. Orlandis nos sacaba profundísimas conclusiones, incluso de vida espiritual.

Pero el Padre no era un hombre abstracto, era sumamente concreto: por eso podía dar lecciones de vida. Y su enseñanza de la Historia consistía precisamente en eso: en ponernos en contacto con la vida: con la vida del género humano tal como se desarrolla en la actual economía de la Providencia; con una vida para cuyo conocimiento no puede prescindirse de lo sobrenatural so pena de deformarla y falsificarla. Y ponernos en contacto de modo que surgiera la chispa del sentimiento: hacernos sentir las cosas. Hacernos

sentir que Jesucristo es el centro de la Historia. Que nada, antes de su venida, tiene sentido sino mirando al diminuto pueblo de Israel —Cristo vivo, antes de su nacimiento, en las divinas promesas—; que nada, después de Jesucristo, lo tiene si se ignora su divina presencia en este mundo por la Iglesia. Que nada, antes y después de Cristo, podemos saber del sentido íntimo de la Historia, sin conocer la acción divina en el mundo manifestada en la Revelación.

Cursillos sobre la historia de Israel en relación con todos los pueblos de la Antigüedad; explicación detalladísima de los Profetas, sobre todo Daniel e Isaías, cuyo texto tradujo, con abrumador trabajo, del hebreo con fines de Teología de la Historia. Cursillos sobre los primeros tiempos de la Iglesia, sobre las epístolas de San Pablo, sobre el Apocalipsis, sobre el «Misterio de iniquidad». Lecciones de admirable profundidad sobre la trascendencia del Imperio Romano y su persistencia hasta los tiempos de Napoleón. Progreso del Bien y del Mal en la Edad Moderna, centrando su estudio en los años «48» de cada siglo hasta el 1948 (año en que lo explicaba), en que se creó el Estado de Israel. Acción disolvente del liberalismo decimonónico.

La labor de docencia histórica del P. Orlandis —como toda su labor—, no se puede ni resumir ni siquiera delimitar completamente. Como persona profundamente sintética que era, todo lo reducía a la unidad. Unidad honda cuajada en su vigorosa inteligencia, pero unidad más honda todavía la que le daba su sobrenatural voluntad de *hacer bien*.

Quienes más íntimamente le tratamos, sabemos que fuera de *hacer bien, nada* en este mundo le interesaba. Si parecía amante de la Historia, si parecía amante de la filosofía, si parecía amante de la literatura, si tanto profundizó en su conocimiento, y si tanto se esforzó en hacer profundizar a los demás, fue porque era sacerdote, porque poseía un alma profundamente sacerdotal, porque la comunión de sacerdocio con Jesucristo le llevó a una total identificación de su voluntad sacerdotal con Él. Tanto procuraba *hacer bien*, que despreciaba su propio *hacerlo bien*.

Por eso podía decir con toda razón: «*aunque historiador parezco, sólo misionero soy*». Que él nos alcance lo mismo en nuestro respectivo estado.

¿PENSAR EN LA MUERTE ES PESIMISMO?

Pau López era colaborador habitual del semanario Catalunya Cristiana donde trataba sus temas preferidos: la fe, la cultura, la familia, la educación, la persona humana... A raíz de su enfermedad publicó una serie de artículos centrados en el sufrimiento y la muerte, a los que se enfrentó siempre con gozosa confianza. Este que publicamos, aparecido el 21 de julio de 1994, es uno de los últimos.

Acabo de pasar cinco semanas en el hospital —secuela de otras estancias— y, aprovechando las muchas horas que quedan abiertas a la reflexión y a la contemplación, escribí el siguiente pequeño poema:

*Tu vas fent trucs, Senyor, a la meva porta
que, amb dèbil veu, jo intento contestar.
Dóna'm la força d'ofèrir la vida
al truc darrer que em vulguis adreçar.*

*La meva dèbil veu serà més dèbil
en arribar al llindar del meu final.
Estic segur, però, que em daràs força
per pronunciar el teu Nom tot expirant.*

*Tu vas fent trucs, Senyor, a la meva porta.
No deixis de trucar-me, Senyor meu.
Malgrat que més respostes són mancades,
jo et vull confessar sempre Déu de Déu.*

Lo leí a las personas más íntimas. Y me llamó la atención que algunas, con ganas de animarme, me comentaron: ¡no seas pesimista!

Interpreto este comentario como una muestra de amor hacia mi persona. Pero, si he de ser franco, siento que la mención de la muerte como la puerta por la que yo —como todos— habré de pasar con el dolor de dejar este mundo y con la felicidad de llegar a Dios, sea interpretado como pesimismo.

Yo veo que, entre las personas que se aman, también hay llamadas, a veces urgentes, a veces no tanto; a veces con demandas parciales, a veces con demandas totales. ¡Y qué lástima que la respuesta que esperas —o la que tú das— en ocasiones no esté a la altura de la amistad!

Pues bien, nuestra relación con Dios es una relación personal —Dios es personal y nosotros somos personas—. Dios nos ha creado por amor y por eso nos ha hecho a su imagen y semejanza. Y a pesar de que entre Él y nosotros existe la distancia infinita que separa al Creador de la creatura,

es fiel a su obra: la relación personal siempre es enriquecedora para ambas partes. Ante la persona amada debes sentirte rico por tu condición personal, que ofreces al otro como un tesoro. Pero también debes sentirte pobre porque no le amarías si no le ofrecieses la posibilidad que el otro se te entregue.

Delante de Dios —en la vida y en la muerte—, ¿cómo podemos dejar de sentirnos pobres (¡el espíritu de las binaventuranzas!) por recibir de Él todos los dones que nos quiera dar? Pero también, ¿cómo podemos dejar de sentirnos inmensamente ricos, siendo así que —como imágenes suyas que somos e hijos— podemos darle en Jesucristo no un enriquecimiento en su naturaleza, pero sí un enriquecimiento en su presencia histórica en el mundo por la Iglesia?

Nuestra relación con Dios es personal por toda la eternidad. Y si en la relación entre las personas creadas el amor se manifiesta en la correspondencia llamada-respuesta —expuesta a las carencias de nuestra miseria—, ¿cómo podemos dejar de plantearnos y pedir a Dios que esta relación llamada-respuesta con Él responda siempre, hasta el último aliento de nuestra vida terrena y después por siempre en el cielo, a su amorosa voluntad?

Yo no he podido manifestar ningún pesimismo con mi poema. Amo la vida de este mundo —por cierto, regalo de Dios—; tengo la vida llena de ilusiones y de proyectos, en los cuales quisiera que brillara siempre la nobleza; me duele separarme de la gente que me rodea; me agrada contemplar la belleza de la creación. Pero no quisiera que ni eso, ni nada, me impidiese decir «Sí» a mi prójimo y, por encima de todo, a Dios, del cual mi prójimo es imagen. ¡El «Sí» definitivo es el de la muerte. Quisiera que mi último aliento consciente en este mundo fuera la culminación del «Sí» a Dios y al prójimo en que he intentado que consistiera mi vida.

Y esto es difícil porque todos llevamos encima la herencia del pecado. Pero lo que es imposible para el hombre no es imposible para Dios. Por eso, desear y pedir a Dios una buena muerte en su gloria, de ninguna manera es ser pesimista. Es mirar este mundo desde el único punto de vista que nos permite valorarlo en su auténtico valor.

IN MEMORIAM PAU LÓPEZ

MARÍA, INVITACIÓN A LA TERNURA EN LA EDUCACIÓN

Pau López era muy conocido por sus iniciativas en el campo de la pedagogía, en el que alcanzó un merecido prestigio. El texto que sigue, del libro María y la educación (Barcelona, Casals, 1988, pp. 33-37), refleja el sentido trascendente de su acción educadora.

En nuestros tiempos se suele hablar poco de la ternura, y menos aún de la ternura en la educación. El utilitarismo, el pragmatismo, el «eficacismo» de nuestra cultura más bien la ridiculizan.

¡Qué triste es, sin embargo, ver escuelas y familias sin ternura! Si por educación entendemos la ayuda a toda la persona, aunque sea desde el cultivo de un aspecto determinado de la inmensa riqueza personal, no hay duda posible sobre la necesidad de la ternura. Porque a la persona, a su intimidad, a su corazón, sólo se puede llegar por el amor. Y el amor crea en la persona que ama —alma y cuerpo— la predisposición a la comunicabilidad con la persona amada. Esta predisposición —que no sólo se refiere al «darse» sino, de una manera muy especial, al acogimiento del don del otro— es la ternura.

Nuestros hijos y nuestros alumnos están pidiendo a gritos ternura. Sin embargo, frente a la ternura del amor —y, a menudo, ahogándola— se levanta la pseudo-ternura del egoísmo que, con la facilitación de los placeres más primarios, va minando la posibilidad misma de la dignidad humana.

He ahí uno de los desafíos más terribles que nuestro momento histórico plantea a los educadores: la lucha entre la pseudo-ternura fácil del vicio y la ternura exigente de la virtud.

En esta situación, si afinamos el oído, oiremos sin duda la llamada de María, ejemplo de la más sublime de las ternuras.

Si Jesucristo es el mediador entre Dios y los hombres, María es la medianera entre los hombres y el mediador. Y la mediación, cuanto más total es, más requiere la adaptación amorosa y exigente a las partes. Sólo la ternura, fruto del amor total a Dios y a los hombres, podía proporcionar a María aquella adaptación a Dios que suponía llevarlo, como hombre, en sus entrañas; y aquella adaptación a los hombres que llevaba consigo el abrirles su corazón, en la persona de Juan, al pie de la cruz.

Si la ternura es la predisposición que el amor crea

hacia la comunicabilidad, por sentido común podemos decir que la ternura divina hacia nosotros es la gracia.

Pues bien, María fue proclamada por el ángel San Gabriel «llena de gracia», es decir: llena de la ternura de Dios. Casi podríamos decir que, en el orden de la comunicabilidad de Dios a los hombres, María es la ternura de Dios humanizada.

En María, ternura de Dios, el Hijo, por obra del Espíritu Santo, se ha hecho un hombre que, porque es Dios, nos puede convocar a todos en su Cuerpo Místico, la Iglesia, en la cual podemos llamar a Dios «Padre».

Por María, pues, ternura de Dios, la vida de todos los hombres ha sido restaurada después del pecado y elevada a la participación de la vida de Dios, no por mérito, sino por gracia.

Probablemente el primer Adán cayó en el pecado por un mal uso de la ternura de Eva. El último Adán —como llama San Pablo a Jesucristo— nos ha restaurado y elevado a la dignidad de hijos de Dios, valiéndose de la ternura de María, Madre del Salvador y Madre nuestra en la vida sobrenatural.

«El influjo salvífico de la Bienaventurada Virgen en favor de los hombres —dice el Concilio Vaticano II (*Lumen Gentium*, n. 60)— no es exigido por ninguna ley, sino que nace del divino beneplácito y de la superabundancia de los méritos de Cristo.»

La verdadera ternura —y esto es patente en María— siempre actúa buscando el bien del amado: el bien que el amado necesita (en el amor a los hombres) o el bien que brota de la plenitud del Amado (en el amor a Dios). En María estos dos aspectos de la ternura se han fundido de una forma perfecta en su realidad de «llena de gracia», por la cual la hija de Dios se ha convertido en su Madre.

«Desde el primer instante de su concepción, es decir, de su existencia —dice Juan Pablo II en la *Redemptoris Mater*—, es de Cristo, participa de la gracia salvífica y santificante y de aquel amor que tiene su inicio en el Amado, el Hijo del Eterno Padre, que mediante la

IN MEMORIAM PAU LÓPEZ

Encarnación, se ha convertido en su propio Hijo. Por eso, en el orden de la gracia, o sea de la participación en la naturaleza divina, María recibe la vida de Aquél al que ella misma da la vida como madre, en el orden de la generación terrena.»

¿Quién puede no ver en esa realidad de María —realidad de ternura y de vida— una llamada a la tarea educativa —también, humildemente, realidad de ternura y de vida—?

Porque María fue «llena de gracia» su plenitud de ternura identificó misteriosamente su donación a Dios («he aquí la esclava del Señor») con la recepción de los bienes de Dios («el Señor ha hecho en mí maravillas»).

Los educadores, empujados por la generosidad que brota de toda ternura auténtica, tendríamos que identificar nuestra donación al bien de los educandos con la disponibilidad a recibir gozosamente el bien que nos

pueden dar. Si educar es, de una manera u otra, «dar vida», o contribuir a su crecimiento, ¿qué educador puede no desear que la vida del educando se incremente hasta tal punto (en conocimientos, en virtud, en amor), que se vierta sobre sí mismo y lo convierta espiritualmente en discípulo de su discípulo, en hijo de su hijo?

María, la hermana de Marta —tal como nos dice San Lucas— escogió la mejor parte porque «sentada a los pies de Jesús, escuchaba su palabra». Es lo que hizo la «llena de gracia» toda su vida. Y por eso nos ha podido dar a todos la plenitud de vida de su propio Hijo, Dios y hombre. María es la persona humana educadora por excelencia de la humanidad.

Imitémosla en su ternura para que podamos contribuir a preparar con verdadero amor —como nos pide Juan Pablo II— los dos mil años de la Redención, en la manifestación infinita de la ternura de Dios.

Entre nosotros, en estos momentos, hay una manera de presentar a Jesucristo que deja su divinidad en una ambigüedad inquietante. La Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, en su declaración *Mysterium fidei*, de 1972, expresa exactamente lo que se nos está diciendo en las aulas y en los libros de religión. Dice así: se opone a la fe católica «la afirmación según la cual la humanidad de Jesucristo existía, no como asumida en la Persona eterna del Hijo de Dios, sino más bien en sí misma como persona humana, y por eso el misterio de Jesucristo consistiría en que Dios, revelándose de forma suprema, estaría presente en la persona humana de Jesús. Quienes piensan así permanecen lejos de la verdadera fe en Cristo, a pesar de que afirmen que la singular presencia de Dios en Jesús hace que Él sea la culminación suprema y última de la divina revelación; ni recuperan la verdadera fe en la divinidad de Cristo cuando añaden que a Jesucristo se le puede llamar Dios porque en su persona, que llamamos humana, Dios estaría supremamente presente».

No se trata de creer que en Jesucristo hay una presencia muy grande de Dios, sino de creer que Jesucristo —verdadero hombre por su naturaleza humana— es Dios porque la Persona que sostiene su naturaleza humana es el Verbo, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad. De manera que, en Jesu-

cristo, un hombre no sólo es una gran presencia de Dios, sino que es Dios. Y esto ha sido hecho por obra del Espíritu Santo en el seno de María. De manera que el Espíritu de Jesús no es «el talante» de Jesús —como también se nos insinúa—, sino la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, por la inhabitación de la cual en nosotros quedamos unidos a Jesucristo, y en Jesucristo somos hechos hijos de Dios, nacidos no de la sangre, ni del querer carnal, sino de Dios, según afirma San Juan en el comienzo de su Evangelio.

[...]

Por el Amor misericordioso de Dios —el Espíritu Santo— lo que los hombres quisimos conquistar con orgullo —«seréis como Dios»— lo podemos obtener gratuitamente. Gratuitamente se nos ofrece formar parte de la familia divina sin dejar de formar parte de la familia humana.

Dios se ha hecho hombre para que nosotros nos podamos hacer Dios, no, evidentemente, por naturaleza, sino por gracia.

¡Cómo necesitan nuestros educandos descubrir el Amor infinito de Dios, que en Jesucristo nos da el poder de hacernos hijos de Dios!

PAU LÓPEZ CASTELLOTE
(De *Humanismo cristiano*, 1987, pp. 57-59)

IN MEMORIAM PAU LÓPEZ

LA DICTADURA DE LOS «ENTENDIDOS»

El tema de los «entendidos», de los «expertos» que con su prepotencia humillan a los sencillos, es recurrente en la obra de Pau López y enlaza con la solicitud del padre Orlandis por los más humildes. El texto que sigue es un fragmento de la obra Els cristians i l'educació dels fills (Barcelona, CEAC, 1978, pp. 27-29).

Nuestra época tiende a hacernos identificar lo perfecto con lo complicado, aunque no lo entendamos. Como si el grado de complicación de nuestra vida y, sobre todo, de nuestras ideas y de nuestras vivencias fuera el índice más exacto para medir la bondad social, política, pedagógica, religiosa, de nuestra vida.

En nuestro mundo la simplicidad y la sencillez tienen mala prensa o, mejor dicho, no tienen prensa. El mundo de la gente sencilla aparece poco en los medios de comunicación social. Quien se hace notar y «define» nuestro mundo es la gente declarada importante, los proclamados «entendidos» en cualesquiera de los aspectos de la vida, los técnicos en complejidad, que en el campo de la educación toman a veces el nombre de psicólogos, a veces el de sexólogos, a veces el de pedagogos, a veces el de diplomados en catequesis, a veces el de técnicos en pastoral, y a veces el de maestros politizados, a veces el de padres sabios.

La fuerza del «entendido» es como una manifestación de la hegemonía de todo aquello que es estructural en la vida de las personas: el papeleo burocrático, la complicación tecnológica, la aclaración jurídica de las relaciones interpersonales y —por una extensión muy poco personalizadora— la tecnificación de la vida espiritual. Evidentemente, la imposición moral del entendido crece en proporción geométrica a medida que su campo de acción se acerca al espíritu.

Pero, curiosamente, de esta ambientación estructural del espíritu salen la mayoría de las declaraciones antiestructurales en nuestro entorno social. Y es que quien vive de la estructura necesita que la estructura flote por encima de todo. Lo mismo da que flote como objeto de admiración que lo haga como objeto de rechazo. La estructura puede ser tomada como punto de partida que da seguridad; puede ser tomada como objeto de denuncia que da brillantez; y puede ser tomada también de ambas maneras para conseguir seguridad en la brillantez. Lo importante es que —se esté o no de acuerdo— todo el mundo actúe como si la estructura fuera la esencia de

la vida. Es una manera bastante eficaz de conseguir el poder sobre la gente sencilla.

Esto que acabo de decir probablemente parecerá a algunos lectores una contradicción: la gente más anclada en la estructura parece que debería ser la que menos cuestiones plantease contra la estructura. No es así, sin embargo. Y por poco que prestemos atención, podremos ver numerosos y jugosos ejemplos a nuestro alrededor.

Los movimientos anticulturales siempre han sido promovidos por gente de cultura; gran parte de la «contestación» eclesial es obra de eclesiásticos; quienes peor hablan de la burguesía suelen ser burgueses e hijos de burgueses; quienes afirman que los maestros han de ser superados suelen ser maestros; en nuestro país, muchos de los que han promovido, al menos aparentemente, una lucha más sangrienta contra la escuela privada, suelen ser personas que toda la vida han hecho escuela privada; quienes más han destacado en la campaña para sacar la religión de las escuelas suelen ser tenidos, por muchos, como «entendidos en catequesis».

No es necesario decir que todo esto contribuye a la psicosis general de crisis (crisis de la familia, crisis de la Iglesia, crisis de la escuela, crisis de la moral, etc., etc.) que ha afectado a este órgano básico de personalización que es el sentido común, tan unido a la sencillez.

Y quien más lo padece es la gente sencilla, el verdadero pueblo, las personas que tienen un programa de vida tan simple como «ser honrados, amar a los hijos y ayudarles a abrirse camino en la vida».

Esta simplicidad, vista desde la complejidad de planteamientos de los «entendidos» (desde la diagnosis científica del psicólogo, desde la autenticidad del testimonio profético, desde la liberación de la teología más avanzada, desde los planteamientos asépticos de la ciencia sexológica, desde la evangelización socialista) a menudo es considerada despectivamente. Una palabrita, una sonrisa benevolente, un... «pasemos a otra cuestión», suelen dejar en el corazón del interlocutor

IN MEMORIAM PAU LÓPEZ

sencillo una pincelada de amargura, que rápidamente le cubre no sólo el corazón, sino todas las vísceras, de una sensación desagradable de duda y de dolor. Porque a la gente sencilla —probablemente porque es más natural— la duda sobre según qué cosas afecta profundamente a su vida y a la de sus hijos.

Esta gente sencilla, para quienes hablar es decir «sí, sí; no, no», abunda entre los cristianos, gracias a Dios; muchos cristianos (aunque no aparezcan en los estudios sociológicos) que creen en aquello de reducir la vida a «amar a Dios y amar al prójimo». Lo creen, ciertamente, con todas las limitaciones, contradicciones y miserias propias de la condición humana, pero lo creen.

Y, claro, esta gente, ante cosas como la desmitificación, la contestación, la liberación aplicada a la sociedad, al sexo y a la mujer; ante las sutilezas de los moralistas que abren o cierran la manga con argumentos que no entienden, pero que siente sobre ellos como si les obligasen en conciencia; ante las especulaciones de los teólogos que llegan a hacer teología de la muerte de Dios, de la misma manera que otros hacen humanismo de la muerte del hombre; ante el sociologismo religioso que con tantos por ciento y consensos más o menos forzados dejan aparte como cosa in-significante todo lo sobrenatural; ante los cientismos de toda clase que han invadido los terrenos más insospechados, llegan a desconcertarse.

Y los pobres de espíritu, aquellos que creen en las bienaventuranzas, preguntan boquiabiertos: pero, ¿ya no sirve aquello de amar a Dios y amar al prójimo?

Naturalmente, nadie les dice que no sirve. Pero... una mirada inteligente y unas cuantas alusiones a los condicionamientos, a la concienciación, al espíritu crí-

tico, a las exigencias sociológicas, al progreso de la ciencia, a la desacralización, a la apertura y al antidogmatismo, les dejan descompuestos.

Los «entendidos» —que también los hay, ¡y tanto!, entre los cristianos— les dicen que por antidogmatismo han de creer que ya no pueden creer muchas de las cosas en que creían. Y el pueblo sencillo baja la cabeza, y admirando la sabiduría de aquellos que quieren ilustrarlo, dice: «quizá..., quizá..», y va tirando.

Y a menudo, al cabo de un tiempo, con el dolor de los propios hijos, exclaman: «Oh, si hubiésemos...» Pero ya está hecho.

Los «entendidos» siguen con sus descubrimientos y con sus elucubraciones —que acostumbran a experimentar siempre en los demás—, y la pobre gente se queda siempre con su dolor, y nunca puede hallar consuelo ni en el triunfo social de una cierta libertad, ni en el triunfo eclesial de una cierta contestación.

Lo cierto es que entre la gente sencilla —que no tiene voz ni voto en la marcha de la sociedad, ni en la marcha aparente de la Iglesia (aunque piense que se le invita a trabajar en algunas asambleas)— y la gente que tiene voz y voto en un ambiente social y eclesial que ha superado la sencillez, se dan unas relaciones que parecen más las del amo y el esclavo que las que debería haber entre hermanos, a pesar de que todo esto se suele hacer en nombre del espíritu democrático y bajo la moción de la fuerza socializadora de nuestros tiempos.

Mientras tanto, y dentro de la propia Iglesia, podemos constatar aquello que decía Verdaguer: «i viu mig corsecada — pel dubte i la tristesa — l'hermosa joventut».

«...la mort és el pas a la vida definitiva. I la bona mort és la mort en gràcia de Déu. Aquesta és la bona mort que desitjo...»

PAU LÓPEZ CASTELLOTE

VERGARISMO

Pau López estudió, por indicación del padre Orlandis, la licenciatura en Historia y su tesina de fin de carrera versó sobre el partido «fernandino» y la Década ominosa. «Vergarismo» publicado en CRISTIANDAD en mayo de 1957 se enmarca en los estudios sobre la Revolución, en este caso la política.

Nadie se moleste en buscar la palabra que encabeza estas líneas en ningún diccionario, porque, de seguro, no la hallará. Mas no por eso podrá nadie negar el derecho que me asiste a usar del privilegio de los «ismos», tan generalizado hoy, para formar la exótica palabra.

Y digo exótica no tanto por el engendro mismo que resulta de la adición del tan traído y llevado sufijo a la otra palabra, cuanto por esa otra palabra: Vergara. Porque «Vergara», que en un tiempo dijo mucho a muchos españoles hoy, desgraciadamente, apenas dice nada a nadie.

Vergara fue el fin de la primera guerra carlista, fue la primera unificación oficial entre aquellas dos Españas de que nos habla Menéndez Pidal, fue el efusivo abrazo que ahogó en una «dichosa paz» los generosos intentos de un pueblo, fue la pincelada que impermeabilizó a la historia contemporánea española contra la «borrascosa» religiosidad de los «serviles».

Por eso resulta exótico traer a colación tal nombre con tal sufijo; porque Vergara ha sido siempre considerado como un hecho muy concreto, del cual apenas merece la pena acordarse, si no es para glorificarlo como pacífico fin de un cruento fratricidio. Y para expresar esto ya tenemos muchos otros términos más usados y más modernos.

Pero si aquí, en vez de «Vergara» decimos «vergarismo», es porque lo que allí sucedió lo consideramos más como una táctica que como un hecho, y porque ese nombre, considerado como táctica, derrama mucha luz sobre toda la historia contemporánea de España.

Vergarismo fue la Ilustración del siglo XVIII que, en nombre del progreso, nos llevó a pactar con la Revolución, a hundir los restos de nuestra escuadra en Gibraltar defendiendo a la Diosa Razón. Vergarismo también el afrancesamiento que, con el velo de la «oportunidad», y de la «resignación» ante los hechos consumados, y de la «conveniencia» del oreo, se avino no sólo a pactar, sino a servir a la Revolución personificada en

José Bonaparte. También el patriotismo de las Cortes de Cádiz fue en definitiva vergarismo, porque, mientras la mayoría de los españoles derramaban su sangre por Dios, por la Patria y por el Rey, ellas se abrazaban con los principios de la Revolución, hasta implantar en nuestra patria una Constitución calcada sobre la primera que tuvo la nación vecina. Vergarismo fue también a pesar de toda la historiografía liberal, la llamada «ominosa década», pues basta leer las «Memorias del Alcalde de Roa», un pobre hombre del pueblo, para darse cuenta de que en esa década no fueron los liberales los «mártires» —como siempre se ha dicho—, sino el pueblo de la guerra carlista y del desengaño de Vergara; y esto porque la Corte de Fernando VII, fue centro del más avanzado vergarismo —del que no entendía el pueblo—; vergarismo que se realizó bajo la égida del «Deseado» con la comunión de despotismo ilustrado, afrancesamiento, constitucionalismo al estilo de la «Carta» francesa, absolutismo personal, liberalismo y masonería. Todo lo cual desembocó en la monarquía liberal, cuyos orígenes no son tan claros como han supuesto la mayoría de los historiadores. Basta para darse cuenta de ello ojear las obras de Suárez Verdager.

Mas ni el siglo XVIII, ni las Cortes de Cádiz, ni el fernandismo, ni la tramoya de la instauración isabelina pudieron acabar con la santa intransigencia de un pueblo que sólo con dolosos abrazos ha sido reducido a silencio.

Por eso, cuando consumada ya la división entre los españoles por la cuestión dinástica, apareció, con el matrimonio de Isabel II, una seria posibilidad de arreglo con el enlace de las dos ramas, como quería Balmes, el partido moderado propone un nuevo Vergara con la

NOTA: Rogamos a los habitantes de Vergara que perdonen el uso que del nombre hacemos, y que de ningún modo supone sentimientos menos amigables hacia ellos.

IN MEMORIAM PAU LÓPEZ

unificación de la «reina de los carlistas» y el «consorte de los isabelinos». El plan no fue aceptado, y se consumó el desgraciado matrimonio de la reina con su primo Francisco de Asís.

Y de tumbo en tumbo, y de debilidad en debilidad, se llegó al año 1868, en que la Revolución, sintiéndose ya con fuerzas suficientes, se atrevió a echar por la borda a su antigua aliada, la monarquía liberal. Después el caos.

Mas los «abrazados» de Vergara no habían muerto; y en medio del caos levantaron de nuevo su recia voz: fue la segunda guerra carlista, a la que dió la estocada mortal el sagaz Cánovas del Castillo con la Restauración del hijo de Isabel, que tantas esperanzas fallidas había despertado en muchos corazones. Esta vez el vergarismo permitió que se levantase sobre todos los españoles el artículo 11 de la Constitución, y que fuesen regidos los destinos de España por masones públicamente conocidos.

Las consecuencias no podían ser otras que las del 14 de abril: La monarquía alfonsina acabó con el nuevo y espantoso abrazo entre el Conde de Romanones y Alcalá Zamora en casa del doctor Marañón. Con él se entregaba España a la II República, de tan tristes recuerdos para todos, porque con ese nombre está indisolublemente unido en horroroso abrazo el millón de muertos de la Cruzada.

Y no acabó todavía con la Cruzada el vergarismo. En nuestros días son muchos los que lo propugnan como única salvación de España. Y no sólo en el plano político, sino en el religioso, y no sólo en el plano social, sino en el individual, de modo que en cada español se realice un «abrazo de Vergara» entre las tendencias que le llevan a Dios y las que le llevan al diablo.

Así sin duda nos libraríamos de otro 14 de abril, porque para las nuevas circunstancias el 14 de abril quedaría muy atrás.

Pregària pels homes

Si Tu has donat als homes
les seves capacitats,
fes que se serveixin d'elles
per complir ta voluntat.

Si has volgut fer-los lliures
perquè així es puguin salvar,
no els deixis en la tenebra
que encega la llibertat.

Si als homes la intel·ligència
els has volgut regalar,
ajuda'ls per tal que l'usin
per cercar la veritat.

Si a la persona humana
li has dat el do d'estimar,

mou-la perquè vulgui sempre
el bé, l'amor, l'amistat.

Si la nostra bella terra
en mans de l'home has posat,
no deixis que mai no oblidi
que n'ha de fer-se una llar.

Si has fet germans tots els homes
perquè ta vida els has dat,
fes que, amant-te com a Pare,
vulguin viure en santedat.

Si en la teva Família
els has volgut acceptar,
concedeix-los que amb Tu visquin
per tota l'eternitat.

PAU LÓPEZ CASTELLOTE

NUESTROS ABUELOS AMARON AL PAPA

Pau López fue colaborador destacado de los números «históricos» de CRISTIANDAD. No se trataba de confeccionar monografías sino de conocer los hechos para hallar el sentido sobrenatural de la Historia. El artículo que sigue (de febrero de 1954) pertenece a un número sobre la destrucción del poder temporal del Pontificado.

Sonaban en Roma las campanas anunciando al mundo la proclamación del Dogma de la Inmaculada Concepción, y allá en Oriente se disparaban los cañones contra Sebastopol, en la Guerra de Crimea, mientras en las Cortes españolas se oían las voces de los diputados que por primera vez pedían la libertad de cultos y la democratización de la monarquía, Barcelona veía la primera huelga de nuestra historia, y el Gobierno denegaba el «Pase regio» a la Bula definitoria de la Inmaculada.¹ Era el año 1854.

Una grave revolución había, en el mes de julio, removido la monarquía española en sus mismos cimientos. Iniciada como oposición al ministerio del Conde de San Luis, había degenerado, sumiendo a moderados y progresistas en una lucha incluso antidinástica y casi antimonárquica.

Un joven de 26 años, Cánovas del Castillo, fue la mente rectora de aquel movimiento subversivo, y el principal medio de que se valió, su célebre Manifiesto

de Manzanares, escrito a nombre de O'Donnell, y que tuvo la virtud de remover los más bajos fondos progresistas en favor de la Revolución. «En suma, el Programa de Manzanares —dice Cristino Martos—, tan diversamente interpretado y entendido, significa, a nuestro entender, en la esfera de las personas, la unión de los conservadores y los progresistas templados; en el orden de las ideas, la abdicación franca y explícita de las doctrinas moderadas y la adopción de los principios progresistas».²

Esa unión de que nos habla el citado autor fue la base del partido político que adoptó el nombre de «Unión liberal», y que llegó al poder en 1858. Su programa religioso queda gráficamente dibujado en las palabras de Fernández Almagro, que a continuación insertamos: «No olvidemos —dice— que uno de los primeros cuidados de O'Donnell fue el restablecimiento de relaciones con la Santa Sede, aspiración lograda merced a la buena gestión de Ríos Rosas, embajador extraordinario, firmándose el 25 de agosto de 1859 un Convenio adicional al Concordato de 1851. Por llevar a cabo la Desamortización quedaron satisfechos los progresistas, y por obrar el Gobierno en tan delicado asunto *de acuerdo* con el Sumo Pontífice, los moderados y elementos de más acentuada derecha no tuvieron nada que oponer, congratulándose todos de los recursos obtenidos por la venta de los bienes eclesiásticos».³ El subrayado es nuestro. Huelgan los comentarios.

* * *

Ese Gobierno dirigía los destinos de España cuando sucedieron en Italia los acontecimientos de que en este número se trata. Las amargas quejas del Pontífice iban

1. El mismo gobierno revolucionario concedió el 9 de mayo de 1855 el «Pase regio», aunque empleando al hacerlo la cláusula: sin perjuicio de las leyes, reglamentos y disposiciones que organizan en la actualidad, o arreglen en lo sucesivo el ejercicio de la libertad de imprenta, enseñanza pública y privada, de las demás leyes del Estado y de las regalías de la corona y de las libertades de la Iglesia española». Las protestas de todos los Obispos consiguieron que en tiempo del ministerio moderado Narvaez-Nocedal se publicase, el 8 de diciembre de 1856, el siguiente Decreto: «Teniendo en consideración las poderosas razones que me ha expuesto el Ministro de Gracia y Justicia, de acuerdo con el parecer del Consejo Real en pleno, vengo en resolver que sean y se tengan por preteridas y testadas las restricciones con que se concedió en 9 de mayo de 1855 el *regium exequatur* a la Bula *Ineffabilis Deus*, en el cual se declaró dogma de fe el misterio de la Inmaculada Concepción de la Virgen, Madre del Salvador, entendiéndose concedido lisa y llanamente, como ahora lo concedo». EL día 8 de diciembre de 1856, a petición del pueblo español, se decretó día de expansión nacional, en el que las autoridades civiles y militares acudieron a las catedrales a reparar por los términos en que estaba escrito el primer decreto.

2. «La revolución de julio en 1854», pág. 187

3. «Cánovas», pág. 118

IN MEMORIAM PAU LÓPEZ

llegando a nuestra patria, junto con la amorosa solicitud del Padre por los hijos descarriados.

El 19 de enero de 1860, dirigiéndose Pío IX a toda la Iglesia en Carta Encíclica, abría su corazón dolorido por tanta ingratitud: «En medio de las terribles pruebas que nos afligen —decía—, nada más dulce ni más consolador podía desear nuestro corazón que ese unánime y admirable celo con que vosotros todos, Venerables Hermanos, defendéis los derechos de esta Santa Sede, y esa firme volunad con que hacen lo propio los fieles que os están encomendados. Y podéis fácilmente comprender con cuán justos títulos se acrecienta cada día para vosotros y para ellos nuestro paternal amor».

Y poco más tarde, en una Alocución, acudía a sus fieles hijos los católicos de todo el mundo, diciéndoles: «Por tanto, los soberanos todos deben estar convencidos de que su causa está íntimamente ligada con la nuestra, y que al acudir en nuestro auxilio defienden nuestros derechos y los suyos. Exhortámosles, por lo mismo, y les rogamos con la mayor confianza, que nos auxilien, cada cual según su posición y su medios. No dudamos que en particular los príncipes y los pueblos católicos emplearán con el mayor celo su solicitud y sus esfuerzos para apresurarse, unánimes y concordados, a auxiliar, defender y proteger, por cuantos medios estén a su alcance, al Padre y Pastor de todo el rebaño del Señor, atacado hoy por las armas parricidas de un hijo degenerado».⁴

Aún se oían los ecos de la augusta voz del Papa, cuando el joven Cánovas fue admitido en la Real Academia de la Historia, el 20 de abril de 1860. El tema de su disertación fue «La dominación de los españoles en Italia», dándole a su desarrollo —lo dice F. Almagro— significación política, y con moraleja «útil a la realidad nacional del momento».

En octubre de 1859 había comenzado la célebre «Guerra de África», iniciada para vengar el honor nacional contra las kábilas marroquíes, y Cánovas aprovecha muy «patrióticamente» la coyuntura para relacionar lo de África con lo de Italia, o por mejor decir, para anular lo de Italia con lo de África. «No se hallará empresa más digna de España —dice— ni más útil para su engrandecimiento nunca, que aquella que Don Pedro de Aragón abandonó cuando los sicilianos le llamaron

inopinadamente a su isla, y aquella que los Reyes Católicos dejaron aparte para transportar al continente de Italia la política española. *Y es consolador, señores, ver en nuestros días reanudada nuestra Historia, y que, vueltas al fin las espaldas al Pirineo y al mar de Levante, acabe España de iniciar en África esta política, restableciendo allí la gloria de nuestras banderas*».⁵

¡Qué modo de corresponder a las paternales súplicas de Pío IX! Ciertísimo que aquella guerra de África había tocado la fibra del heroísmo nacional; pero ¿lo es que «España volviese las espaldas al mar de Levante» mientras allá en Roma era martirizado aquel Padre tan querido, mientras el Santo Pontífice era despojado inicuaamente?

Muy distante de Cánovas está la correspondencia de España, que por aquellos días publicaba la «Civiltà Cattolica»: «Cuestión de Italia y guerra de África —decía—: he aquí los dos puntos que ocupan exclusivamente a España. Respecto del primero, está dicho todo con decir que disputa la importancia al segundo. ¿Qué hay de la guerra? ¿Qué hay de Roma? son las preguntas que hacen al mismo tiempo todos los españoles, como si hubiese realmente un vínculo que redujese a un mismo interés, más aún, identificase el éxito de estos dos acontecimientos en la mente y en el corazón de todos nosotros; y en efecto, por la fe de Jesucristo se está vertiendo la sangre española sobre las playas africanas, y la fe de Jesucristo está amenazada en Roma. Ríanse de mis palabras los políticos mundanos; yo por eso no me retracto ni me asusto. Quien penetra en el fondo de estas dos cuestiones ve que realmente se trata de la fe de Jesucristo; quien no mira más que la superficie es dueño de ver todo otro aspecto. Siendo precisamente la fe de Jesucristo, a Dios gracias, el más alto interés de los verdaderos españoles, no es extraña su actitud presente. El Papa y los moros, pues, son las dos palabras que circulan en todas las conversaciones. Nuestros periódicos apenas se componen de algo más que de dos partes: una dedicada a hablar de Italia y del Congreso europeo, la otra de la guerra de África».⁶

Mas no eran sólo los periódicos los que difundían la preocupación por lo de Italia. Los Obispos eran principalmente, cuya influencia era quizá mayor que en nuestros tiempos porque había más fe. Todas las

4. Exhortación Pastoral. Costa y Borrás, Obras Completas, tomo II, pág. 117

5. F. Almagro, «Cánovas», pág. 140.

6. Serie 1, vol. 5, pág. 526.

IN MEMORIAM PAU LÓPEZ

encíclicas o alocuciones del Padre Santo llegaban al pueblo en el seno de una pastoral.

Y entre el episcopado sobresalió, sin duda, aquel gran obispo, honra de Cataluña, e inicuamente perseguido y maltratado por los gobiernos liberales, el insigne Costa y Borrás, obispo que fue de Lérida y Barcelona, y a la sazón Arzobispo de Tarragona.

«Señora —decían, dirigiéndose a la Reina, todos los obispos de la Archidiócesis tarraconense, presididos por su metropolitano—: Diez años atrás V. M., con singular previsión, tomó la gloriosa iniciativa para restablecer a nuestro Beatísimo Padre en el trono, de donde le habían lanzado los mismos revolucionarios que ahora han puesto en combustión una parte de sus Estados. No hay para qué ponderar cuán poderosa y acertada fue aquella excitación, pues bien claramente lo demuestra el asentimiento que obtuvo de las demás potencias que luego se coaligaron para realizarla. Este rasgo de sabia y cristiana política formará siempre una página la más brillante en el reinado de V. M., y la memoria del mismo es la que ahora mueve y alienta a los exponentes a rogar con el más vivo encarecimiento a V. M. que sea servida, por los medios que le sugieran su alta sabiduría y piedad, de añadir otro semejante a aquél, que sin duda atraería sobre V. M. las bendiciones del cielo, y la de doscientos millones de católicos, que nunca podrán olvidar quién fue el primer móvil de una tan justa como popular restauración».

Y dirigiéndose al mismo Papa, le decían: «Vos sois aquel varón, Beatísimo Padre, que tendéis una mano protectora a la sociedad que se hunde, y con el favor de Dios la salvaréis de su inminente ruina. Para proseguir y completar tan grande obra, reiteramos a Vuestra Beatitud con la mayor espontaneidad el ofrecimiento que en otra ocasión tuvimos la honra de hacer de nuestras personas e intereses, según así lo hemos significado a nuestra católica soberana, rogándole se digne mirar la causa de Vuestra Beatitud como propia, tomando la iniciativa y protegiéndola como lo verificó en 1849.

»Nuestros sentimientos y deseos son notorios a todos nuestros diocesanos, entre los cuales *apenas se encuen-*

*tra uno que otro que no abunde en ello y se sienta inflamado de los mismos afectos».*⁷

Sin embargo, aquellos afectos no pudieron tener el éxito que apetecían. ¡Qué pena da el noble pueblo español, juguete de sectarismos y ambiciones! La guerra de África le impidió acudir al Pontífice; mas, ¡qué guerra la de África! Antes de comenzarla, el mismo gabinete que la declaró había canjeado con Inglaterra unas notas obligándose a limitar lo máximo el fruto de la misma. ¡Qué podía importar aquellos ideales comunes a las dos empresas que la «Civiltà» hacía resaltar, a un Gobierno que —como concede F. Almagro— aprovechaba la Guerra de África que tanto entusiasmó el noble pecho español «para comprometer al ejército en una empresa nacional que le preservase contra la tentación de nuevos pronunciamientos»,⁸ a un Gobierno que para reanudar las relaciones con la Santa Sede exigió la absoluta Desamortización de los bienes del clero?

La religión del pueblo español, sin embargo, era muy grande. «La opinión de la mayor parte de los españoles, o por mejor decir, el sentimiento de España en torno a la soberanía temporal del Pontífice —decía la «Civiltà» después de las victorias bélicas que alcanzamos en África—, hasta tal punto es manifiesto y general que parece que Dios nos ha concedido las victorias y la prosperidad presente como premio del filial amor que el pueblo español profesa a su santa Madre la Iglesia. Y no debe pensarse que la política pueda sufrir un tal movimiento, puesto que es tan fuerte y tan universal, que el mismo gobierno, por necesidad, si llegara el caso, tendría que ponerse al frente de la empresa de defender al Papa, igual que ha acontecido con la guerra de África».⁹

Después de leer los documentos citados, no se puede sentir sino indignación al oír que los españoles «volvieron la espalda al mar de Levante en 1859». Es sencillamente una calumnia. El pueblo español en aquellos momentos estuvo ansiando verter su sangre por el Romano Pontífice. Reconozcamos y admiremos, por lo menos, la fe y entusiasmo cristiano de nuestros mayores. Nuestros abuelos amaron al Papa.

7. Costa y Borrás, Pastoral citada.

8. Op. cit., pág. 118.

9. Vol. cit., pág. 746.

FAMILIA, EDUCACIÓN, MUNDO MEJOR

CRISTIANDAD trató extensamente el tema de la renovación de la sociedad a partir del llamamiento de Pío XII por un Mundo mejor contenido en el mensaje del 10 de febrero de 1952. Pau López se refirió al papel de la educación en esta campaña en el artículo que sigue, de diciembre de 1955.

«Es todo un mundo lo que hay que rehacer desde sus cimientos», afirmó el Papa cuando —parangonándolo con su aceptación del Sumo Pontificado— se proclamó «heraldo de un Mundo mejor», que no es otra cosa que «una sociedad que tenga por base y fundamento a Jesucristo, con su doctrina, sus ejemplos, su redención».¹

«Todo un mundo» ha dicho el Papa, y en sus palabras no hay exageración, de modo que el «Mundo mejor» ha de ser un mundo nuevo, construido sobre distintas bases que el actual, separado completamente de Dios.

Ahora bien, es cosa sabida —porque todo el mundo tiene experiencia de ello— que la orientación de su vida ha dependido, en una parte muy importante, de la educación recibida, y, por consiguiente, que el ambiente social es, en buena parte, fruto de una educación. De donde se deduce que la educación es un elemento esencialísimo en la campaña por un Mundo mejor.

Y tanto más cuanto que la obra educacional no puede ocupar en nuestra vida un coto cerrado, fuera del cual no tenga razón de ser, sino que se extiende a toda nuestra vida y a todos los actos de ella, que siempre podemos perfeccionar más y más. De ahí que no sólo en la escuela sobre los niños y los jóvenes se ejercite, sino que —como dice Pío XII— «quien se dirija al público, bajo cualquier título que lo haga, tiene una parte de responsabilidad en la educación popular»,² en la formación de su sentido moral, social y político, de su buen gusto, de su civismo, etc.

Claro que si bien es verdad, también lo es que el principal campo de la educación es la niñez y la juventud, «forjadoras del porvenir» como las llama el Papa.³

Y en ese terreno ¡cuántas posibilidades ve la solicitud de nuestro Padre Santo!

Pero para beneficiar tales posibilidades se requiere en los cristianos una sólida preparación en el conocimiento de los derechos, y una *fervorosa entrega* al llegar a los hechos. Deben saber fijar exactamente aquéllos

para que en éstos puedan exigir y cumplir la justicia.

El hecho de que el sujeto de la educación nazca en el seno de tres sociedades, que son la familia, la Iglesia y el Estado, trae inmediatamente el problema de los derechos respectivos sobre aquélla, problema que, a las veces, se traduce en roces entre las partes interesadas, y que en la mayoría de los casos no está en manos de los particulares solucionar, aunque de ningún modo justificaría eso su inhibición, que podría ser falazmente presentada como apoyo a posiciones sectarias.

Mucho más si junto a una inhibición teórica, se encuentra una cuasi-campaña de desprestigio de la enseñanza eclesiástica —aunque se base sobre deficiencias reales—, una oposición a la Universidad católica —aunque sólo sea por razones de oportunidad—, una actitud negativa ante el derecho de la Iglesia a vigilar sobre la Universidad del Estado.⁴ Tal actitud podría parecer desconocimiento —peor quizá— desdén hacia los derechos divinos de la familia y de la Iglesia, anteriores a los del Estado, porque se basan en la maternidad natural y sobrenatural respectivamente, mientras que el Estado sólo en orden al bien común tiene derechos, y para llegar —sobre todo con el erario— hasta donde las otras dos partes no pudieran llegar.⁵

Mas suponiendo —y ya es mucho suponer— que esos derechos sean públicamente acatados, el campo que a los particulares queda libre no deja de ser inmenso, y grande su responsabilidad, puesto que les incumbe la realización de buena parte de ellos, pese incluso a la oposición del ambiente, que comienza ya por rodearnos de tales nieblas que nos impiden ver la educación cristiana en toda su grandeza y santa audacia, para transformarla en algo vulgar y de muy pocos velos.

Hace algún tiempo leí en una revista una especie de «interview» a unos muchachos recién salidos de un colegio religioso. Se trataba de demostrar la deficiencia de su educación, por falta de sentido social, y esto se

IN MEMORIAM PAU LÓPEZ

pretendía demostrar con las contestaciones poco airoas que a la pregunta: ¿qué es el comunismo?, dieron. Es el pan cotidiano —incluso entre buenos católicos— la valoración de los estudios por la *moneda* que puedan rendir luego. E incluso no es infrecuente considerar la labor docente como profesión muy secundaria, sobre todo si no va dirigida a la cosa técnica.

¿Es eso educación cristiana? ¿Es esa la buena educación a que debe aspirar un cristiano para sus hijos?

Según Pío XII, educar es «formar al cristiano perfecto»,⁶ es «hacer ver todas las cosas a la luz de la grande y divina verdad»,⁷ es «completar la noción de libertad afirmando la responsabilidad»,⁸ es «preparar para ejercitar sobre su tiempo y sobre su generación una acción saludable»,⁷ es infiltrar sentido social y apostólico,⁹ es hacer comprender al educando «lo mucho que de él espera la Iglesia y la sociedad»,⁶ es hacer sentir a Dios,⁶ es, en una palabra, enseñar a «buscar el reino de Dios y su justicia», en lugar de ir tras la «añadidura», para dedicar a Dios las sobras de nuestra vida.

Y para esto es necesario que las familias sepan que el camino que a esta meta lleva se camina con piedad y catecismo,¹⁰ con profundización de la vida cristiana,³ con la «formación conjunta del corazón y de la inteligencia»,⁶ «insistiendo más sobre la formación que sobre el número de conocimientos, y más sobre la educación que sobre la sola enseñanza»,⁸ meditando que «en la escuela se trata de la salvación o de la ruina de cada una de las almas»,⁶ cosa que muchas veces, si el profesor lo siente, no halla eco en los padres; cuánto peor todavía si ni el profesor lo siente, en lo cual, y en lo que de ello pueda derivarse, incumbe a los padres grandísima responsabilidad, puesto que no sólo tienen obligación de prepararse ellos para la labor educativa,¹⁰ sino que, llegado el momento de enviar los hijos a la escuela, deben escoger maestros cristianos y colaborar con ellos;¹⁰ y esto hasta tal punto que no justifican el descuido de los padres los defectos temperamentales que puedan tener los niños,¹⁰ y «es inadmisibles que tantas familias crean haber cumplido sus deberes hacia sus hijos cuando les han mandado a la escuela, sin cuidarse de colaborar íntimamente con los profesores, sobre los cuales estiman, equivocadamente, poderse librar de toda una parte de sus obligaciones».³

La familia debe conocer a los profesores, y no fiarse únicamente de la bondad de un sistema de enseñanza,⁶ porque «aun los mejores programas de poco sirven si el maestro no está a la altura de su oficio».¹¹



Los motivos de la vocación docente —dice Pío XII— no pueden ser ni la pura inclinación ni el solo interés. Únicamente puede sustentar una vocación seria, un «fuerte y alto ideal», ideal que centra el Papa en «hacer de los niños los artífices de la restauración social en Jesucristo»,¹² para lo cual «no puede restringirse su educación a la honestidad natural»,¹² sino que es necesario proponer a los niños el ideal de la santidad¹³ e inculcarles convicciones firmes.¹³

Todo ello supone en el profesor «no tanto el conjunto más o menos abundante de conocimientos, procedimientos, ingeniosas industrias, cuanto el espíritu»,¹² ya que el maestro es «padre de las almas más que propagador de conocimientos inútiles»,⁶ cosa que de ningún modo disminuye su obligación de poseer la «necesaria competencia».¹²

Y ha de realizar de tal manera su labor —y a la familia compete vigilarlo— que «el modo de obrar del maestro no pese exclusivamente sobre el ánimo del niño»,¹³ y sin que su amor a los niños deje de ser «entrega, sacrificio, renuncia»,¹³ y todo mediante un estudio constante del niño,¹³ teniendo siempre en cuenta la gracia

IN MEMORIAM PAU LÓPEZ

y el pecado,³ de lo cual se debe seguir —como dice Pío XII— que el bien del alma brille incluso en el cuerpo.¹³

Como se ve, la labor de la familia en la educación de sus hijos, es, según la mente del Papa —intérprete nato del Derecho natural— importantísima, incluso cuando se hallan ante el profesor en las aulas de un establecimiento docente.

Sin embargo, la experiencia nos dice lo difícil que se hace en la práctica poder ejercer esos derechos que tanto tienen también de obligación.

Se hace difícil —casi imposible— el contacto entre los padres y el profesorado, y en muchos casos los padres con todo el sentimiento, no tienen más remedio que «conformarse» con lo único al alcance de sus posibilidades, a pesar de que comprendan la dificultad que para su hijo supondrá.

Se hace difícil también —casi imposible— para un profesor que de veras se interese por sus alumnos, ese contacto y estudio de los alumnos que tanto recomienda el Papa.

Se hace difícil, por fin —casi imposible— que se mire la educación de los hijos en la escuela como algo esencial para su verdadera formación, sino más bien como algo a lo que hay que sujetarse como un «mal menor», al que lo padres no pueden poner remedio.

Y, sin embargo, en todo eso no se trata de la discusión de los derechos.

Estamos en pleno terreno de los hechos, de unos hechos que insensiblemente nos arrastran hacia formas socializantes en todo, incluso en la enseñanza, de lo que es prueba la «masificación» que en ella se ha introducido con los «grandes centros» y «grandes aulas», en las que ni el maestro puede «encontrar» al alumno, ni el alumno al maestro, ni la familia a ninguno de los dos, sino que cada uno tira por su lado, con perjuicio gravísimo muchas veces para el niño, que si acaso por alguna nota temperamental no se aviniese a aquella «masificación», corre inminente peligro de quedar anulado para toda su vida.

El Papa, en los discursos citados, bien claro propone el remedio, al decimos cómo hay que educar a los niños. Pero la aplicación de toda esa pedagogía supone un aparato docente completamente distinto del que tenemos, y eso ya no está dentro de la órbita de los particulares.

Mas si hemos de procurar un Mundo mejor, no nos han de arredrar las dificultades. Mucho se habría alcanzado con que los particulares *estuvieran dispuestos* a ejercer los obligatorios derechos que les incumben. Por lo menos, no dejaría de constituir una fuerte presión sobre quienes pueden dar solución, total o parcial, a los problemas planteados.

1. Exhortación de Pío XII, promoviendo una actuación regeneradora y salvadora, 10 febrero 1952, y discurso a la Acción Católica Italiana, 12 febrero 1952. (Véase nuestra *Separata de Documentos de los Pontificios*, 1952, págs. 28 y 308, respectivamente).

2. Discurso al Congreso Nacional de Maestros y Alumnos adultos de los cursos de educación popular, 19 marzo 1953. (*Ibid.* 1953, pág. 59).

3. Alocución a un grupo de profesores del Municipio de Roma, de 4 de julio de 1955. Discurso a las «Jornadas Nacionales» y a los dirigentes de la Unión Católica Italiana de profesores de Enseñanza media, 6 de enero de 1954. (*Ibid.* 1953, pág. 166; 1954, pág. 30).

4. Discurso a las Juventudes Universitarias y a los Laureados de Acción Católica, 20 de abril de 1941.

5. Encicl. *Divini illius magistri* de Pío XI, edición de A.C., n. 24.

6. Discurso al II Congreso Nacional de la Unión Católica Italiana de Profesores de Enseñanza Media, 6 septiembre 1949. Discurso

a las Religiosas Educadoras, 14 de septiembre de 1951.

7. Discurso a los Hermanos de las Escuelas Cristianas, 6 de mayo de 1951.

8. Carta al IV Congreso Interamericano de Educación católica, julio de 1951.

9. Discurso al I Congreso Internacional de Estudios de los Dirigentes del Scoutismo, 6 de julio de 1952 (*ibid.* 1953, pág. 164).

10. Discurso a las Señoras de Acción Católica y colaboradoras, de 26 de octubre de 1941. Discurso a los Maestros católicos de Italia, 8 de septiembre de 1946. Carta en el III centenario de la muerte de San José de Calasanz, 11 de agosto de 1948.

11. Discurso a la Asociación Italiana de Maestros Católicos, 11 de septiembre de 1948.

12. Discurso a la Asociación de Maestros Católicos, 4 de noviembre de 1945.

13. Discurso a la Delegación de las Secciones Menores de la Juventud Femenina Italiana de Acción Católica, 30 de diciembre de 1953. (*Ibid.* 1954, pág. 17).

IN MEMORIAM PAU LÓPEZ

EL PRIMER EMPERADOR CRUZADO

Éste fue el primer artículo que firmó Pau López en CRISTIANDAD (15 de marzo de 1950). También pertenece a un número monográfico de carácter histórico; en este caso, las Cruzadas, y estaba inspirado en la Cruzada de Oración y Penitencia promovida por el Papa. En el editorial se decía: «Para comprender lo que es una Cruzada debemos volver los ojos a la historia y contemplar aquellas luchas cuyos móviles no fueron destruir sino salvar, no la ambición de conquista, sino el deseo de rescatar para Cristo...»

I

EL DESTIERRO DE LA CRUZ

Una visita a Alejandría

Si a través de la historia dirigimos nuestra mirada hacia la Alejandría del año 615, nuestro corazón se llenará de lástima y de fervor; tal es el cuadro que presenta.

Sus anchurosas calles se hallan rebosantes de peatones y vehículos. El movimiento es mayor que el ordinario; también es mayor el número de personas. Y si bien nos fijamos, veremos que la mayoría de aquellas gentes no son de Alejandría; van, además, mal vestidas y en su rostro se refleja la fatiga de largas jornadas. Sus ademanes indican el horror de una precipitada huida. Los alejandrinos los miran atónitos, y de vez en cuando nos encontramos un corro de ellos alrededor de uno de los emigrantes que se ha parado a contar las desgracias que han sucedido. El comercio del «Emporion» se ha paralizado y los mismos sabios han abandonado su «Museum» y su «Biblioteca» para reunirse en la colosal plaza, término de las grandes vías alejandrinas.

Más allá ha caído alguien, desfallecido por el hambre y la fatiga; unos hombres de suaves modales le han atendido y a través de las repletas calles lo llevan hacia una casa que parece de persona principal. Al entrarle por una de las puertas de servicio se han encontrado con otros que se dirigían al mismo lugar ejercitando la misma caritativa misión. El saludo que se dan nos es conocido: «la paz del Señor sea con vosotros», dicen.

Dejemos aquí estos caritativos personajes y, dando la vuelta al edificio, dirijamos nuestra mirada hacia la puerta principal. Está abarrotada de gente: la mayoría son extranjeros y su aspecto nos dice que forman parte

de aquel mísero cortejo que va desfilando por la ciudad.

Tienen su vista fija en la puerta de aquel palacio; diríase que esperan a alguien. De pronto aparece un anciano de noble aspecto: es Juan, Patriarca de Alejandría, el que subirá a los altares con el glorioso título de San Juan el Limosnero. Detrás de él, dos jóvenes: se llaman Juan Moseo y Sofronio. La Providencia reserva a éste, siendo ya Patriarca de Jerusalén, un gran papel en las luchas que se avecinan.

Juan el Limosnero, verdadero padre de los necesitados, extiende sus manos y traza la señal de la cruz. Les dirige la palabra, y con la unción de su voz suaviza las penas de aquellos seres. Luego les reparte con sus mismas manos los dones que la caridad le depara.

Todo aquel río de personas que hemos visto inundaba la ciudad va a parar a aquel palacio de los pobres. El Obispo de Alejandría se encarga del mantenimiento de aquellas gentes que desde Siria y Palestina vienen huyendo de los persas.

... mientras sus súbditos son despojados

De antiguo venía ya la lucha de los persas contra el Imperio. El mismo Justiniano, con toda su gloria, tuvo que comprarles la paz para poder atender al Occidente.

A principios del siglo VII, Focas es quien calza los borceguíes de púrpura, y el asesinato de Mauricio ha sido el eslabón que le ha llevado al trono. El «Rey de reyes» es en aquel momento Cósroes, amigo que fue del Emperador asesinado. Esa amistad es el pretexto de la nueva guerra: Cósroes ansía las ricas provincias del Imperio, y so pretexto de vengar a su amigo, se dispone a llevar a la práctica aquellos deseos.

Las excentricidades del Emperador impiden oponer seria resistencia. Todas las esperanzas se habían puesto

IN MEMORIAM PAU LÓPEZ

en un anciano General, distinguido ya en las lides guerreras; pero esas esperanzas quedaron también fallidas al aparecer cierto día en la plaza pública una pira, donde, por orden del odioso Emperador, el fuego fue devorando a Narsés.

Una sublevación pone fin a aquel tiránico reinado, un valeroso capitán viene a sustituirle: Heraclio es ahora el Emperador. Entretanto, los persas se han apoderado de Armenia, Mesopotamia y Capadocia, y han llegado hasta Calcedonia en sus incursiones. Todos han puesto en el nuevo Emperador su confianza, pero esa confianza queda defraudada, porque el nuevo Augusto se entrega de lleno al descanso y al placer, mientras los persas ganan terreno, mientras sus súbditos son despojados, mientras los enemigos de la religión profanan lo más sagrado. Ese es el motivo de aquella marcha precipitada que va a parar a Alejandría.

Los relatos son espantosos: Edesa, Apamea, Antioquía, Jerusalén, todo está ya en poder de los persas.

También la ciudad santa

¡Jerusalén! También la ciudad santa ha recibido los golpes de aquel látigo; y también los objetos santos que en ella se guardaban han sido profanados por manos infieles: la Santa Cruz ha sido transportada a Ctesifonte. El patricio Nicetas ha podido rescatar a subido precio la santa esponja y la santa lanza, pero la Cruz va camino del destierro.

Un testigo ocular refiere la escena: «Tiempo hacía ya que los judíos andaban en misteriosos conciliábulos. Las gentes sospechaban que tenían inteligencias con el enemigo. Los cristianos andaban atemorizados. Su punto de reunión era la Santa Cruz: a su alrededor, las mujeres y los ancianos pedían a Dios misericordia, mientras los hombres juraban derramar su sangre antes que entregar la preciosa reliquia a los infieles. Más allá, una viuda rodeada de sus hijos lloraba la muerte de su marido en el cumplimiento del deber; y en un rincón del templo, dos monjes de luengas barbas elevaban a Dios sus plegarias».

Han pasado unos días ya desde que los persas se han apoderado de la ciudad, y los judíos no han cesado de moverse. A manos llenas han derramado el oro para rescatar a aquellos miserables adoradores de la Cruz. Tal vez alguien pensara que su corazón se ha inclinado a misericordia; pero su rostro refleja pasión, odio,

venganza. Dicen que son 90.000 los cristianos que han arrancado de manos de los persas; 90.000 que, poco más tarde, han engrosado el ejército de los mártires: todos han muerto al filo de la espada bajo la atenta mirada de los maestros de Israel.

Adiós, Cruz amada

Los persas también han cometido atropellos; pero es la barbarie la que los guía, no el odio concentrado; por eso sólo se preocupan del botín. Tal vez también el odio religioso los mueve, pero sus directores son los judíos. Ellos han inspirado la idea de llevarse la Cruz, porque saben que es la mayor injuria que pueden hacer a los cristianos.

¡Qué escenas las de la partida de la Cruz!: unos hombres robustos, soldados quizá de los persas, han entrado en el templo. Los fieles, como por un instinto, se han agrupado en torno a la Cruz: «¡No, no la llevarán!, exclaman a una; son, en su mayor parte, mujeres, niños y ancianos. ¿Qué pueden ellos hacer para impedirlo? Si algún joven quedara, allí estaría ofreciendo su vida por la Cruz. Apartan a manotazos aquellos sabuesos persas a los que intentan oponérseles, llegan a la reliquia, la descuelgan y, cual si llevasen el más miserable tronco, la sacan de su lugar.

El momento de sacarla de la ciudad es indescriptible. Los gemidos de las mujeres se confunden con las amenazas de los hombres. Un herido, a través de cuyo vendaje se adivina el color de la sangre, se acerca y besa con devoción el Santo Leño, mientras un soldado descarga sobre su espalda un latigazo por tal osadía. Más allá, alguien es llevado en una camilla para dar el último adiós a la adorada reliquia. Un anciano que ha sufrido los malos tratos de la soldadesca, muere mientras está esperando el paso de la Cruz.

Ya, por fin, ha salido la Cruz de la Santa Ciudad. Ingente multitud la acompaña. Todos entonan cantos, y sus melodías chocan con los desenfrenados gritos de la soldadesca. Aquellos cristianos, verdaderos caballeros de la Cruz, van cayendo rendidos por la fatiga y el dolor. El grupo de acompañantes va disminuyendo. Desde Jerusalén sólo se ve ya un punto en la lejanía.

Vencida la ciudad santa,
henchida está de cadáveres;
el odiado de Dios la ha anegado
toda ella en torrentes de fuego.¹

IN MEMORIAM PAU LÓPEZ

Al año siguiente le toca el turno a Egipto; y aquella Alejandría que hemos visto ser albergue de tantos desdichados se encuentra sola, abandonada de sus habitantes, que huyen a Etiopía. Al mismo tiempo llegan los persas de nuevo hasta Calcedonia, pero Heraclio no reacciona. Sólo piensa en huir.

Es el Patriarca Sergio de Constantinopla, de triste memoria por su pernicioso influencia ulterior, el que le anima, y el año 621 comienza, por fin, a preparar una expedición.

Bizancio comienza a reanimarse. Persia se halla en el cénit de su gloria; una y otra están dispuestas a gastar su fuerza en una mutua y aniquiladora guerra, mientras que en un rincón de la lejana Arabia, un extraño personaje cuenta a un grupo de discípulos su sueño misterioso: Dios le ha enviado el Arcángel San Gabriel, y de su boca ha salido estas palabras: «No hay más Dios que Alah y Mahoma es su profeta».

II

EL RETORNO DE LA CRUZ

La Cruzada

«Señor, no nos entreguéis a vuestros enemigos en castigo de nuestros crímenes; miradnos más bien con misericordia y concedednos la victoria para que los malvados cesen de enorgullecerse y de insultar vuestra heredad». Tal es la oración que dirigió Heraclio al Altísimo al ponerse en marcha contra Persia.

En menos de diez años consiguió Heraclio la reconquista de todo su reino e incluso llegar hasta el mismo corazón de Persia, donde le clavó el mortal acero que más tarde la haría perecer a manos del otro imperio, que ya entonces se estaba formando.

Cósroes, sin embargo, no cedió sin lucha. Reconcentra sus fuerzas; y ante sus preparativos se apodera de los cristianos un vago temor, pero Heraclio, uniendo, en frase de César Cantú, la tranquilidad del héroe a la confianza del cristiano, dijo: «Nada temáis del número

de los enemigos. Con la ayuda de Dios un romano puede vencer a mil bárbaros. Si perdemos la vida por salvar a nuestros hermanos, Dios y la posteridad nos reservan una inmortal corona».

Dicen los historiadores que no se comprende cómo aquel Heraclio, entregado a los placeres, ha llegado a tal punto de heroicidad, mientras el soberbio y valiente Cósroes se halla tan apocado que no piensa sino en huir con su esposa Siria y sus tres concubinas.

Este punto que no puede aclarar la Historia, lo ilumina con luz maravillosa una pluma guiada por la santidad y la poesía. He aquí las palabras de San Sofronio:

Quando a la región del Parto
la Santa Cruz fue llevada,
hirió de muerte a Cósroes,
funesto rey de los medos.²

En el año 628 ha llegado a la capital del Imperio persa el César romano, y ha hecho al «Rey de Reyes» prisionero. El sucesor de Cósroes firma la paz con el triunfante augusto: todos los cristianos vuelven a sus hogares, y vuelve también al suyo aquella santa Cruz que quince años antes había sido arrebatada con tanta alegría por parte de los judíos.

Su estancia en Persia no ha sido estéril: numerosos persas han abrazado, a su vista, la religión que nos predicó Jesucristo, y al frente de todos ellos aquel glorioso San Anastasio, que vertió su sangre en testimonio de la verdadera fe. Al año siguiente es transportada la divina reliquia a Constantinopla y de aquí a Jerusalán.

La Cruz de nuevo en Jerusalán

¡Qué momentos aquéllos los del retorno de la sagrada reliquia! Dignos son de un poema. Admiremos la escena. Tiene por decorado la puerta llamada de Damasco. El montículo que a pocos metros de allí se levanta nos servirá de observatorio. Desde él se domina buena parte de la ciudad. Allá al fondo la llanura del Templo. Un poco más alto el palacio de Herodes, debajo la piscina

1. San Sofronio: «A la venerada Cruz», P.G., t. LXXXVII, p. 3806.

2. Ibid.

IN MEMORIAM PAU LÓPEZ

de Ezequías y, algo mas cerca de nosotros, la iglesia del Santo Sepulcro. Un gran alborozo reina en la ciudad por el feliz acontecimiento. Todos han ido a esperar la divina reliquia.

Por fin comienza a verse en lontananza una nube de polvo. Desde nuestro montículo vemos avanzar lentamente la procesión. Mas, ¿quién puede ser aquél que ofusca con su brillo a cuantos le rodean? No puede ser otro que el invicto Emperador Heraclio que viene a satisfacer su devoción. Acerquémonos más; vamos hasta la misma puerta.

Curopolates, estrategas, ingente multitud de servidores rodean al César. Junto a la Cruz va Heraclio, calzando sus borceguíes dorados, vestido de púrpura y piedras preciosas, caballero sobre blanco corcel.

Ha llegado ya a la Ciudad Santa. Cedreno, en su «Cuadro histórico», nos lo explica Zacarías, el Patriarca de Jerusalén, ha salido a recibirle rodeado del clero. Bizancio, representada en su Emperador, se humilla ante Jerusalén, al besarle a su Patriarca, rodilla en tierra, el anillo. La multitud presencia la escena con lágrimas en los ojos.

Con paso sereno se ha dirigido el Emperador hacia la Cruz. Los que hasta entonces la habían llevado, la depositan sobre los augustos hombros: Heraclio quiere imitar al Salvador. Pero no se puede servir a dos señores; no se puede servir a Dios y a las riquezas. El señor del Imperio no puede dar un paso bajo aquella divina carga. La gente mira la escena emocionada: no comprende lo que sucede, pero presiente algo grandioso.

Ante aquella expectación, con paso firme y sereno, se adelanta Zacarías, viejo guerrero ya en las lides del espíritu, y con humildes modales susurra unas palabras al oído del Emperador; y con pasmo de todos, el Augusto se despoja de las insignias de la realeza, y vestido humildemente, toma la Cruz y entra en la ciudad, y avanza hacia el Santo Templo. Era el día 14 de septiembre del año 629.

Con el retorno de la Santa Cruz ha vuelto la paz al Imperio. Roma ha vencido a sus enemigos.

Humillado el padre de la guerra,
subyugado el engendro del desorden,
sobre toda la faz de la tierra
se ha extendido el brote de la paz.³

3. Ibid.

III

LA PERDIDA DEL SANTO SEPULCRO

Allá en un rincón del Imperio

Sin embargo, un huracán horrible amenaza. Mientras Bizancio celebra la aniquilación de sus enemigos, al mismo tiempo que la Cruz vuelve a su lugar, allá en un rincón del Imperio se riñe una pequeña batalla. Un grupo de fanáticos ha penetrado en el territorio de Roma con el fin de sublevar a los de su raza que venden sus servicios por un sueldo; el jefe que los envía se llama Mahoma. El hecho en sí apenas tuvo significación. Teodoro, lugarteniente del Gobernador de Palestina, aplastó aquel movimiento sin ningún esfuerzo.

Aquella fue la primera tentativa. Y a fe que resultó bien fructuosa para el nuevo Estado, porque, si bien los mahometanos fueron derrotados, sirvió esto de aviso a sus compatriotas al servicio de Roma. En adelante sabrán adonde acudir en sus descontentos; poco después, en 633, cuando se cumplía un año de la muerte del «profeta», un grupo de aquellos mercenarios, no satisfechos con sus soldadas, se pasaban a las tropas mahometanas y les servían de guía en la invasión. Abú Beker, sucesor de Mahoma, es el encargado de llevarla a cabo. Bosra, Gaza, Palmyra, van cayendo en manos de los infieles. El Emperador, que ha procurado oponerse al avance árabe, no lo puede evitar, y ante el peligro de que suceda lo que pocos años antes, marcha a Jerusalén, toma la Santa Cruz y la lleva a Constantinopla. El Emperador ha abandonado el campo de batalla. En 636 cae Jerusalén, después de dos años de asedio. Abú Beker ha muerto ya. Omar es ahora Califa.

Aquellos lugares bendecidos por la presencia de Jesús...

«En nombre de Dios, clemente y misericordioso, de parte de Omar, hijo de Hittab, a los habitantes de Elia». Así comienza la capitulación que Omar concedió a los habitantes de Jerusalén. Se les permitirá su culto, les serán conservadas sus iglesias, no se permitirá, en cambio, ninguna clase de proselitismo. Las cruces que coronan los templos serán retiradas.

Un peregrino ha llegado a Constantinopla. Sus noticias logran paralizar por un momento las disputas

IN MEMORIAM PAU LÓPEZ

teológicas. Tierra Santa atrae hasta a los herejes. Ese peregrino ha presenciado el sitio: ha durado dos años. Los cristianos han demostrado en él su devoción por la iglesia donde se guarda el Santo Sepulcro. El dolor va oscureciendo los rostros de su auditorio. No sienten tanto el peligro que supone la conquista de la ciudad santa cuanto la pérdida de aquellos lugares bendecidos por la presencia de Jesús. Las palabras de aquel peregrino penetran en el corazón de los cristianos, haciendo brotar en él sentimientos de Cruzada. Pero todavía habrán de pasar varios siglos hasta que la intransigencia de los infieles haga salir a la superficie aquel sentimiento que ya entonces comenzó a germinar.

La conquista de la Ciudad Santa abrió el camino hacia el Norte. Pronto toda la Siria cayó en manos de los musulmanes. En 638 quedaba todavía Antioquía. Sus urgentes demandas de auxilio son por fin escuchadas, y el Emperador se decide a enviar a su propio hijo Heraclio Constantino con una escuadra. Tiene todavía la confianza de que podrá reconquistar el territorio perdido. Pero la traición de Yukina entrega los imperiales a la derrota y a la vergüenza. Yukina, jefe de una

fortaleza en Siria, había ya antes hecho traición a los bizantinos, y ahora repitió la traición simulando un retorno a la patria y a la religión.

Mientras tanto, el Emperador ha vuelto a caer en la inacción, ahora con un cariz mucho más grave: una grave herejía embota su entendimiento, y es precisamente ese mismo año 639 el que ve la aparición de la Ectesis, primer compendio de la herejía monotelita.

Epílogo

En 641 moría Heraclio, después de haber renunciado a la herejía monotelita. Fue el primer Emperador que pudo dar a sus guerras el título de Cruzada por la reconquista de Tierra Santa. A partir de él, las guerras contra los árabes tendrán ese carácter. Si el fin de los califas será la conquista de Constantinopla, centro del Imperio, el fin de los Emperadores, incluso los enemigos de la ortodoxia, será la conquista de Jerusalén, donde está el Santo Sepulcro y donde derramó Cristo su sangre por todos los hombres.

El triomf de la vida

Fes-me entendre, Senyor,
que el triomf d'aquesta vida
s'alça sobre el dolor.

Empeny-me a descobrir
que viure per als altres
és no viure per mi.

Jo vull encoratjar,
encar que mon cor plori,
els que sento plorar.

Ajuda'm a sortir
de l'estret egoisme
que viu sense morir.

Obre, Senyor, mos ulls
per sempre a l'esperança
malgrat tots els esculls.

Fes-me voler acceptar
anar morint per viure
aquí i al més enllà.

Que l'hora de la mort
sigui el triomf de la vida,
l'entrada a l'etern port

PAU LÓPEZ CASTELLOTE

EN EL 150 ANIVERSARIO DEL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN

Nota de la Conferencia Episcopal Española,
aprobada en la LXI Asamblea Plenaria

El 3 de diciembre de este año 1994 se cumplirán ciento cincuenta años del nacimiento del Apostolado de la Oración: un movimiento espiritual que ha calado muy hondo en la vida de la Iglesia y particularmente en la vida de nuestra Iglesia de España. Los obispos nos sentimos unidos a su alegría y a su acción de gracias al Señor.

Principio fundamental

Nació el Apostolado de la Oración en el pueblecito francés de Vals, en una comunidad de estudiantes que se preparaban para trabajar apostólicamente en las misiones. El Padre Francisco Javier Gautrelet les hizo ver que la oración ardiente, al unísono con la oración continua de Cristo-Eucaristía, y los estudios y trabajos de tiempo de formación, ofrecidos convenientemente a Dios y unidos al sacrificio de Cristo renovado en el altar, «eran ya apostolado que producía salvación de las almas y redención del mundo».

Pronto tomaron conciencia de que esto no era un privilegio excepcional de unos aspirantes a misioneros. El principio general que en aquella semilla se escondía vigoroso era que todo fiel redimido por Cristo está llamado a asociarse con su vida a Cristo redentor, y que toda actividad humana realizada en el Señor y en su Espíritu tiene eficacia redentora.

Era la expresión germinal anticipada de lo que el Concilio Vaticano II enseñaría con formulación teológica precisa a partir del sacerdocio común de los fieles: «Dado que Cristo Jesús, supremo y eterno Sacerdote, quiere continuar su testimonio y su servicio por medio de los laicos, los vivifica con su Espíritu y los impulsa sin cesar a su vida y a su misión, también les hace partícipes de su oficio sacerdotal... Pues todas sus obras, sus oraciones e iniciativas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el trabajo diario, el descanso de alma y cuerpo, si son hechos en el Espíritu, e incluso las mismas pruebas de la vida, si

se sobrellevan pacientemente, se convierten en sacrificios espirituales aceptables a Dios por Jesucristo, que en la celebración de la Eucaristía se ofrecen piadosamente al Padre junto con la oblación del cuerpo del Señor» (LG, n. 34; cf. AA, n. 16).

Este mismo enfoque teológico lo reformulará frecuentemente Juan Pablo II (cf. *Christifideles laici*) y el Apostolado de la Oración lo ha ido asimilando y explicitando a medida que se ha ido desarrollando en la Iglesia el contenido doctrinal.

La reflexión teológica orante comprende cada vez más nítidamente que Jesucristo salva al mundo, no por la mera materialidad de lo que hace, de lo que trabaja y predica, ni por el mero hecho de sufrir y de morir; sino «por el ofrecimiento en amor de su vida desde su entrada en el mundo y que acompaña toda su vida, pasión y muerte». Y, en consecuencia, tal debe ser también la colaboración del cristiano (cf. Homilía de Juan Pablo II en el Nou Camp, Barcelona, 7 de noviembre de 1982).

Vitalidad en España

Muy pronto se extendió el Apostolado de la Oración a España. Entró por Cataluña y arraigó enseguida en conventos de clausura. En 1866 el canónigo penitenciario de Barcelona, don José Morgades y Gili, inició la publicación del «Mensajero del Corazón de Jesús», como simple traducción del francés, hasta que en 1883 lo entregó a la Compañía de Jesús. Los jesuitas convirtieron al «Mensajero», entonces órgano oficial del Apostolado, en gran instrumento de su animación y propagación.

A su rápida difusión contribuyó, sin duda, que el Apostolado de la Oración no es una obra de un determinado instituto religioso o dependiente de él —aunque su animación sí ha sido confiada por el Papa a los jesuitas (cf. Juan Pablo II a los directores nacionales, 13 de abril de 1985)—, sino que jurídicamente

es una asociación de carácter estrictamente diocesano, dependiente directamente del obispo, y que puede abrazar a toda clase de fieles.

Así, el Apostolado llegó a la mayoría de los pueblos y parroquias de España, a los conventos y comunidades religiosas, a los seminarios y casas de formación. Fomentaba el sentido de la redención universal, la conciencia del valor apostólico de la oración y del ofrecimiento de la vida, y de los trabajos, sufrimientos y alegrías, como sacrificios agradables al Padre unidos al sacrificio del altar; la consagración y reparación al Corazón de Jesús, las intenciones universales del Papa, por medio del Corazón Inmaculado de María.

Sobre todo, llegó en la forma sencilla de hojitas humildes que, por proponer un misterio del Rosario, en algunas regiones se llamaron popularmente «misterios». Puede ser que a veces se viviera esta espiritualidad con cierta superficialidad y formulismo rutinario. Pero contenía un rico valor teológico susceptible de profundizar en el cristianismo con el cuidado de su meditación y estudio.

Otras veces adoptó la forma o el estilo de «cofradías» o «congregaciones del Corazón del Jesús» con sus reuniones mensuales, el fomento de la práctica de los «Primeros Viernes» y la fiesta solemne del Corazón de Jesús y de Cristo Rey. En este caso aparecía como una asociación homologable con otras eucarísticas o marianas.

Los celadores y celadoras del Apostolado eran frecuentemente colaboradores incondicionales de los párrocos, que encontraban en ellos un apoyo para todo.

El Apostolado de la Oración tuvo parte muy activa en la erección del monumento del Cerro de los Ángeles y de la Consagración de España al Corazón de Jesús, cuyo setenta y cinco aniversario estamos celebrando. El mismo Apostolado promovió fervientemente el culto al Corazón de Jesús y a la Eucaristía y, especialmente, la Consagración de las Familias al Corazón de Jesús.

Después de la crisis surgida tras el Concilio Vaticano II en que muchas asociaciones sucumbieron, los rescoldos del Apostolado de la Oración han permanecido encendidos en muchos pueblos y parroquias de España y en estos últimos años han llamado con nueva vitalidad, especialmente en la rama juvenil (JER = Jóvenes por el Reino de Cristo) e infantil-adolescente (MEJ = Movimiento Eucarístico Juvenil).

Los obispos españoles somos conscientes de la importancia y de los frutos producidos en España por esta asociación vitalmente integrada en la Iglesia universal, diocesana y local. Por eso nos regocijamos con

sus socios en esta celebración jubilar, dando gracias a Dios por haber suscitado en la Iglesia este ejército orante que se ofrece con Cristo, por las intenciones por las que Cristo se inmola en el altar. Al mismo tiempo expresamos algunos deseos y sugerencias sobre lo que esperamos del Apostolado en el futuro.

Lo que esperamos del Apostolado de la Oración

1. Cultivo de la dimensión de interioridad

La fecundidad de la acción de la Iglesia depende de su unión con Dios. Sin oración, la vida cristiana cae en un activismo estéril (cf. AA, n. 4). La Iglesia necesita testigos del espíritu, que nos mueve a vivir la vida desde dentro, centrados en lo esencial para superar las tentaciones del tener, del consumir, del poder y del aparentar.

Esperamos del Apostolado de la Oración que no se reduzca a una especie de congregación aislada que se ocupe de sí misma y nada más. Sino que se sienta evangelizador de la Iglesia y del mundo. Cuide no sólo de vivir, sino también de transmitir los valores fundamentales de: la interioridad de la vida; el espíritu de colaboración a la redención; la conciencia del valor redentor de la vida diaria según la propia vocación; la importancia y práctica de la oración y de su eficacia apostólica; la integración de la oración con la vida; el amor a la Eucaristía, por la cual deben dejarse moldear (cf. Juan Pablo II a los directores nacionales, 13 de abril de 1985); el amor a la Iglesia Universal y al Papa haciendo suyas sus intenciones y siendo fieles al carácter diocesano de la asociación. Nos parece importante que todos los socios del Apostolado tomen conciencia de que deben preocuparse por que todos los cristianos vivan su sacerdocio común según las directrices del Vaticano II.

Esperamos del Apostolado de la Oración que viva y transmita esa dimensión interior y orante de la vida cristiana, desde la comunión íntima con el Corazón de Cristo. No le pedimos que promueva actividades sociales y vindicativas de los desequilibrios sociales. Tales actividades hay que hacerlas y son urgentes hoy. Pero hay otros movimientos que las promueven. Del Apostolado de la Oración esperamos que, en sintonía con el Corazón del Señor, cuide la sensibilidad hacia todos los problemas humanos, reflejando en su interior los sentimientos de Cristo ante esas necesidades e injusticias, llevándolas asiduamente a la oración. Luego, según la posibilidad y misión de

cada uno, podrá tratar de remediarlos con actividad generosa, actuando personalmente o integrándose en otros movimientos.

En los orígenes del Apostolado de la Oración está la solicitud misionera, que se tradujo en la formulación de unas intenciones misioneras particulares para cada mes. Como dice el Papa, «la oración debe acompañar el camino de los misioneros para que el anuncio de la Palabra resulte eficaz por medio de la gracia divina» (RM, 7). El Apostolado de la Oración debe impulsar la oración por la misión «ad gentes» y por la nueva evangelización, complementando otras iniciativas, como la oración de los monasterios, de los enfermos misioneros y de las comunidades cristianas, la entrega sin reserva de los misioneros y misioneras, la generosa aportación económica, etc.

2. Misterio del Corazón de Cristo

Esperamos, por fin, del Apostolado de la Oración que sea fiel a su historia en lo que se refiere a la vivencia del misterio del Corazón de Cristo: que sea fiel en vivir esa espiritualidad y en mantenerla viva y actual en la Iglesia.

Espiritualidad del Corazón de Jesús quiere decir, en efecto, vivir toda la vida real a la luz del misterio del Corazón de Cristo. A ello nos urge la nueva evangelización, cuyo núcleo fundamental, según la declaración final del Sínodo Extraordinario de los Obispos Europeos, es «Dios te ama; Cristo ha venido por ti». Es el mensaje significativamente expresado y condensado en el Cristo que nos muestra su Corazón encendido en amor redentor personal.

Es una tarea espléndida la de presentar al mundo la Humanidad viva y presente de Cristo, Hijo de Dios e Hijo de María, con su Corazón abierto, encendido, con ansias redentoras y en el anhelo de la amistad del hombre introduciéndole en la comunión con el Padre y en la participación de sus actitudes y sentimientos para la salvación del mundo. La extensión en España de esa espiritualidad con sus matices de consagración y de reparación, se debe en gran parte al Apostolado

de la Oración. Y es nuestro deseo que se esfuerce por proseguir esta tradición de extensión del culto al Corazón de Jesús, esmerándose por encontrar los medios más aptos para presentarlo y practicarlo, de manera que el hombre de hoy, con su mentalidad y sensibilidad propias, descubra en él la verdadera respuesta a sus interrogantes y expectativas» (Carta de Juan Pablo II al P. Kolvenbach, 5 de octubre de 1986). Ello requiere un repensamiento teológico, fiel a las directrices de la Iglesia, de la Consagración, reparación, sentido de los primeros Viernes de mes, Hora Santa, etc.

Por fin, en relación con lo que venimos diciendo, esperamos del Apostolado de la Oración que, en este Año Internacional de la Familia y setenta y cinco aniversario de la Consagración de España al Corazón de Jesús, cuide particularmente, con las actualizaciones indicadas, la consagración de las familias al Corazón de Jesús. Tal consagración no ha de reducirse a una fórmula recitada, sino que requiere una adecuada preparación, un conocimiento de los designios del Corazón de Dios sobre la familia, una aceptación conforme a las exigencias amorosas de la presencia del Corazón de Cristo en medio de ellos, procurando no admitir nada que desdiga de dicha presencia.

3. Servicio a la Conferencia Episcopal

Agradecemos al Apostolado su generoso ofrecimiento, acogido por la Conferencia, de ser instrumento por medio del cual la Secretaría de la Conferencia solicite de sus miembros y por medio de ellos de todos los fieles de España, la oración y el ofrecimiento por las iniciativas, problemas y proyectos del Episcopado.

Terminamos en el gozo de la celebración del ciento cincuenta aniversario con el deseo de que el Apostolado de la Oración sea digno de su pasado y contribuya eficazmente a la recristianización de nuestro pueblo desde el interior de los corazones, estableciendo en él el reinado amoroso de Jesucristo.

Madrid, 29 de abril de 1994.

MENSAJE DEL P. KOLVENBACH, S.I., DIRECTOR GENERAL DEL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN

A los directores diocesanos y locales, secretarios nacionales y regionales, promotores y miembros del Apostolado de la Oración, y a cuantos diariamente ofrecen sus vidas al Señor por el servicio de la Iglesia y la salvación de la familia humana:

El 3 de diciembre de este año, fiesta de san Francisco Javier, patrono de las misiones, celebraremos el 150º aniversario de la fundación del Apostolado de la Oración. Como estamos celebrando el mes del Corazón de Jesús y nos preparamos a conmemorar dicho aniversario, os escribo para compartir con vosotros algo de lo que pienso como Director General.

Vivimos en un mundo secularizado, siempre necesitado de oración y de los valores interiores del espíritu. Creemos que Cristo invita a todos a estar unidos con Él y a colaborar con Él en la obra de la redención del mundo.

Concebimos el Apostolado de la Oración como la transmisión de esta invitación a los fieles del mundo entero. Nos vemos constantemente ante la necesidad de encontrar maneras nuevas de recordárselo al mayor número posible de personas y de grupos. Este ha sido siempre el servicio que el Apostolado de la Oración ha prestado a la Iglesia y al mundo. Y no puede pedírsele un servicio más importante ahora que se dispone a colaborar en la evangelización de los pobres del mundo al comienzo del tercer milenio.

Sabemos lo importantes que son los valores cristianos en el mundo de hoy. Cada día descubrimos que estos valores son cristianos porque Cristo los vive, y que se hacen cristianos para nosotros solamente cuando los vivimos en unión con Cristo. Así es como Cristo se hace muy personalmente manantial de la vida divina que trae estos valores a la sociedad moderna.

Ya sabemos de dónde podemos sacar la fuerza que necesitamos para aceptar y llevar a cabo esta misión: en la Eucaristía damos gracias al Señor por el maravilloso mundo que nos ha dado para amarlo y cuidarlo, en la Eucaristía nos ofrecemos de nuevo para ser instrumentos suyos y miembros de su cuerpo en la obra de la redención, en la Eucaristía somos guiados por su palabra y alimentados por el pan de su cuerpo, conforme vamos diciendo a todos lo valiosos que son para Cristo y su Padre que está en los cielos.

Una posible razón de por qué muchos cristianos se desorientan en las sociedades secularizadas es que pierden el sentido de oblación y de sacrificio, tan central en la religión y tan esencial en el cristianismo. Fácilmente olvidamos lo importante que son las personas como tales, por pobres o enfermas, viejas o incompetentes que sean. Servicio mutuo compartiendo lo que somos y tenemos es la vocación primordial de Cristo y de todo cristiano.

Como apóstoles de la oración queremos volver a nuestro carisma original, el de ser misioneros de los de cerca y de los de lejos: misioneros de la oración diaria, ofreciéndonos a nosotros mismos al Señor; misioneros de la Eucaristía fuente de unión con Cristo y fuerza para nuestra vida de servicio; misioneros de una unión universal de corazones y de cuantos rezan a una con y por las intenciones del Papa, buen concededor de las necesidades reales de la Iglesia y de la familia humana.

Vivimos en un momento de la historia en que uno de los «signos de los tiempos» es la discordia y la desunión. Esta comunión de oración y servicio, la «comunión de los santos» a la que servimos como misioneros de la oración, enciende la luz de la esperanza y estimula la fe de millones de personas cuyas vidas acabarían en la desesperación.

Para los Directores y Promotores

Este ministerio universal de oración, conocido desde hace siglo y medio como «Apostolado de la Oración», tiene su propia organización en algunos sitios, y en otros no; eso depende de las necesidades de la Iglesia local y del deseo de su obispo. En todo caso, hay constante necesidad de colaboradores —sacerdotes, religiosos y seculares— que estén familiarizados con las prácticas del Apostolado de la Oración y las actitudes y el estilo de vida que producen.

Convencidos de su eficacia y ortodoxia, estos colaboradores son ministros activos de la oración apostólica que enseñan esas prácticas, organizan cursos de formación, y guían las actividades sugeridas por la oración. La parroquia ha sido siempre el hogar de estos cursos y actividades, y el párroco, o un delegado suyo, su coordinador.

Los cristianos comprometidos de hoy tienen un anhelo, no siempre fácil de satisfacer, de una mayor dimensión comunitaria. Esto ha dado lugar en los últimos años a nuevos movimientos seculares, muchos de ellos ecuménicos, que tratan de satisfacer este anhelo a la vez que responden a la llamada del Espíritu, que invita a todos a desempeñar un servicio particular en la Iglesia y en el mundo.

El Apostolado de la Oración no es uno de esos movimientos. Es, más bien, *un servicio* que moviliza al mayor número posible de personas para unirse en una oración universal por la intención señalada cada mes por el Papa.

Esta comunión universal de oración traspasa las barreras sociales, y reúne en la oración a ricos y pobres, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, enfermos y sanos, de norte a sur y de este a oeste. Se ha convertido también en el vehículo ordinario de la invitación mensual del Papa a las parroquias y movimientos a centrar por un momento las oraciones personales, de grupo y litúrgicas, en una necesidad particular de la familia humana. Su finalidad es unir a todos los miembros del cuerpo de Cristo en un acto único de fe y de oración intercesora.

Este es un servicio profético en un mundo como el de hoy, en el que cada nación y cada región tienden a olvidar las necesidades ajenas para resolver sus propios problemas. Es un servicio profético en la Iglesia de hoy, con su proliferación de grupos que tienden a separarse de los demás, olvidando, si no se les recuerda, a los cientos de millones que componen las masas desconocidas y descuidadas.

Este es el servicio profético al que el Apostolado de la Oración ha estado dedicado estos 150 años, y al que hoy nos consagramos de nuevo.

Como en el caso de los verdaderos profetas, lo importante no es el profeta, sino su mensaje. No es importante el Apostolado de la Oración; lo es que en cada parroquia y comunidad, en cada movimiento y familia, haya apóstoles de la oración que enseñan prácticas y métodos sencillos que ayuden a encontrar a Dios cada día en las personas y situaciones donde se vive y se trabaja, se juega y se estudia. Todos se funden en la oración eucarística de Jesús, que hace suya la intención escogida por su Vicario para cada mes, y que ruega apasionadamente por las necesidades de sus pequeñuelos.

Esta pasión del Corazón de Cristo por los pequeños es central en el cristianismo. Para ser verdaderamente cristiano hay que estar unido a Cristo en su servicio de los pequeños como gesto concreto de su amor al Padre.

Así es como Cristo devuelve amor por amor al Padre de quien recibe cuanto es y cuanto tiene. Sabe cuánto desea el Padre que todos conozcan su amor y lo gocen. Cristo sabe que la manera de devolvérselo que más complace al Padre es compartirlo con los demás. Sabe que la única manera de compartirlo con los que no lo reciben es el servicio, un servicio hecho con amabilidad y respeto, reconociendo la dignidad y el valor de la persona a quien se sirve.

Hay un estilo de vida, una espiritualidad, que adoptan los cristianos que centran su vida en Cristo. Sus vidas se convierten en una prolongación del amor de Cristo al Padre y en el desbordamiento de este amor al servicio de los pequeños del mundo.

Durante siglos, el Corazón de Cristo ha sido el símbolo de este estilo de vida, tanto oral como visualmente. La piedad popular necesita imágenes (no explicaciones) que hablen el lenguaje del amor. La contemplación del Corazón de Cristo nos revela el amor divino del que somos objeto y el amor divino del que nos hacemos instrumentos cuando servimos a los demás. Pero, igual que el costado traspasado de Jesús es, mucho más que una imagen, la prueba de la muerte que nos compra la vida, así también el amor con que servimos a las necesidades ajenas es más que una representación del Cristo siervo: es un acto que lleva a Cristo a las vidas de esas personas.

Como apóstoles y maestros de oración, nuestro primer deber es introducir estas sencillas prácticas de vida eucarística y esta relación de corazón a corazón con el Señor en las vidas de nuestros niños y jóvenes. Su tierna fe —sacudida por los problemas del mundo en que viven,

CRISTIANDAD

Edita: Fundació Ramon Orlandis i Despuig

Donativo para la suscripción ...	2.000 pts.
Suscripción de bienhechor	5.000 pts.
Extranjero	20 \$
Número suelto	500 pts

y puesta a prueba por el aparente silencio del Padre ante tanta miseria— sobrevive y se robustece solamente por la práctica de la caridad y de la verdadera justicia y por una íntima comunión con el Señor en la oración y los sacramentos.

Y tampoco se trata de separar a «nuestros» jóvenes y niños de los demás, sino más bien de preparar el mayor número posible para que sean misioneros de personas y de movimientos, con un gozoso espíritu de servicio, oración y justicia por medio de la fe. Cuanto más perfecta sea la formación de vida eucarística que estos niños y jóvenes reciban, tanto más convincente será su testimonio de fe en un mundo secularizado, y más fructíferos sus esfuerzos por compartir con otros su amistad con Cristo.

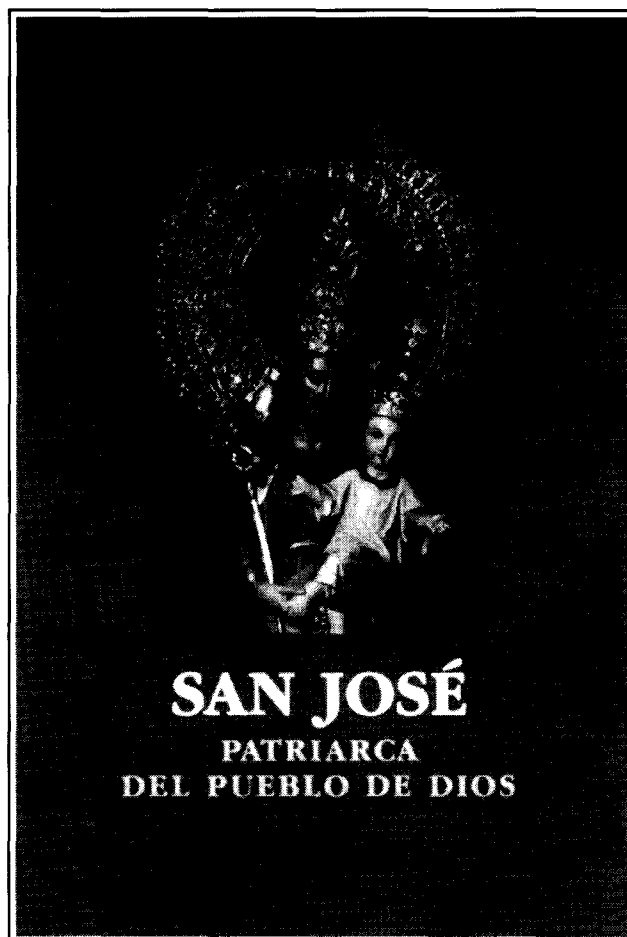
Para los secretarios nacionales

No quiero concluir este mensaje sin una palabra de ánimo a los jesuitas y al personal de las publicaciones del Apostolado de la Oración diseminados en todo el mundo. Esos «mensajeros», hojas y folletos, son la columna vertebral de nuestro ministerio de oración, y ha sido, con la gracia de Dios, una vital aportación a su éxito en estas quince décadas. El encargo de difundir y motivar las intenciones mensuales del Papa en unión con las intenciones del Corazón de Cristo, ha sido confiado a la Compañía de Jesús desde que el Apostolado de la Oración comenzó a existir en un seminario de jesuitas en 1844. Los secretariados nacionales y regionales establecidos por todo el mundo sirven principalmente para facilitar la labor de los directores diocesanos y locales del Apostolado de la Oración en las Iglesias locales donde han sido nombrados por los obispos.

Estos secretariados, aunque no sean responsables de los programas parroquiales y diocesanos del Apostolado de la Oración, están a su disposición para orientarlos y animarlos, servicio que generalmente realizan a través de las publicaciones que preparan y distribuyen.

Esta es, de ordinario, una labor escondida, dirigida a veces por un jesuita que tiene otras muchas ocupaciones, y llevada por personal religioso y seglar que, con frecuencia, depende mucho de la ayuda de voluntarios. La calidad de las publicaciones y otros servicios habla muy alto de la oración, llena de fe, de estos obreros tan consagrados al Corazón de Cristo.

María, Madre de Jesús y Madre de la Iglesia, no desconoce las dificultades que afrontan sus hijos en un mundo donde es fácil apartarse del camino que nos abrió su Hijo. Sierva del Señor y fiel Esposa del Espíritu, trabaja con Él para formar en cada uno de nosotros las actitudes y valores de Cristo que corresponden a las



*Acaba de aparecer la segunda edición de **San José, Patriarca del Pueblo de Dios**, de nuestro colaborador Francisco Canals Vidal. En el libro se aúnan la más depurada y exigente investigación teológica con el fervor de la piedad sencilla del pueblo de Dios. Pídalo a su librero habitual o a Distribuidora y Librería Balmes, Durán y Bas, 11 - 08002 Barcelona - Tel. (93) 317 80 94.*

numerosas y con frecuente difíciles situaciones que debemos resolver en su nombre. Su Corazón, tan cercano al de su Hijo, es siempre para nosotros una fuente de fortaleza y consuelo, de paz y de paciencia, si nos detenemos de vez en cuando a descansar en Ella.

Confiados en que el cuidado maternal con que María ha acompañado el desarrollo del Apostolado de la Oración durante estos 150 años continuará en el nuevo milenio, nos ofrecemos para la función que su Hijo quiera que desempeñemos en la evangelización de los más pequeños.

*Roma, 10 de junio de 1994,
Solemnidad del Sagrado Corazón*

Por la recta intención al elegir opiniones

ORACIÓN A SAN JOSÉ

«Te rogamos que obtengas para los que trabajan en el anuncio del Evangelio, para nuestros docentes y para nuestros escritores aquel patrimonio de doctrina y de virtud necesario para conseguir que nazcan para la Virgen Madre de Dios, tu Esposa, numerosos hijos, totalmente semejantes a Jesucristo.»

(De la Consagración de la Compañía de Jesús a san José, el 21 de abril de 1907)

El espíritu de esta plegaria, dirigida al glorioso Patriarca que ejerce una solicitud paterna sobre el pueblo cristiano, continuación de su oficio de padre de la Familia Sagrada de Nazaret, origen de la familia universal de los hijos de Dios, pone de manifiesto que todo, en la actividad apostólica y cultural, se ha de ordenar a la generación de los cristianos como verdaderos hijos de Dios, hijos de María, Madre de la Iglesia.

Un insigne teólogo contemporáneo, Bertrand de Margerie, en un artículo en el que recuerda que santo Tomás de Aquino es el Doctor propio de la Compañía de Jesús (Publicado en *Doctor Communis*, 45, 1992, pp. 103-121) ha mostrado que si se analiza la letra y se penetra en el espíritu de las normas pontificias o legisladas por la propia Compañía de Jesús «sobre la elección de opiniones», se advierte que se trata en verdad de una «elección», a ejercer en el espíritu de las que se proponen por san Ignacio en el libro de los Ejercicios espirituales.

Muchas doctrinas referentes al orden del saber natural, científico y filosófico, e incluso en el terreno propiamente teológico, que no ofrecen el carácter de la verdad cierta, bien como racionalmente evidente o como infaliblemente enseñada por el magisterio eclesiástico,

sino que tienen el carácter de lo «opinable», se ofrecen por lo mismo como algo que tiene, en el orden de ser asumido en el estudio o en la afirmación doctrinal, el carácter de lo «elegible».

Por lo mismo, la norma del orden en lo que podríamos llamar la «praxis» humana referente al estudio y a la enseñanza «especulativos», ha de regirse por la subordinación de todo lo elegible a los fines necesarios a conseguir para la perfección moral y espiritual de la vida, y para la seriedad y fecundidad de toda tarea apostólica, y muy en especial de «inculturación de la fe» y «asunción» de valores humanos al servicio del Reino de Dios.

Desde estas páginas, y como un homenaje de agradecimiento a nuestro maestro Ramón Orlandis Despuig, S.I., que encaminó —como puede verse en el trabajo de Eudaldo Forment «El Magisterio Tomista del P. Orlandis, S.I., Apóstol del Corazón de Jesús», publicado en la Revista *Doctor Communis* y también en *Cristianidad* (números 752-754 y 755-757)— todo su apostolado multiforme, histórico, sociológico, metafísico, ético y teológico, al servicio del amor misericordioso del Corazón de Jesús, reiteramos con fervor la hermosa plegaria de 1907.

F.C.V.

EN HONRA Y GLORIA DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA EN LA FIESTA HERMOSÍSIMA DE SU INMACULADA CONCEPCIÓN

José Vives Suriá

La piadosa y arraigada creencia del pueblo español en el misterio de la Inmaculada Concepción de la Virgen Santísima es un hecho constante e ininterrumpido desde bastantes siglos antes de que el papa Pío IX, de feliz memoria, en el año 1854 y mediante la bula *Ineffabilis Deus*, proclamase como dogma de fe tal creencia bajo la siguiente definición: «La Santísima Virgen fue preservada de toda mancha de culpa original, en el primer instante de su concepción, por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Jesucristo, salvador del género humano».

Tal creencia anidaba, tanto o más si cabe, en el corazón de los barceloneses desde tiempos que quedan muy atrás en el reloj de la historia y seguramente vio afirmado su crecimiento con el fervor mariano e immaculista de los reyes de la Corona de Aragón. En el *Manual dels Novells Ardits*, vulgarmente denominado *Dietari del Antich Consell de Cent de Barcelona* que, como es sabido, relata la vida de nuestro municipio desde el año 1390 hasta el 1709, próximo a la terminación de la guerra de Sucesión a la Corona española entre la Casa de Austria y la de Borbón, se menciona y relata la festividad de la Concepción de María, el día 8 de diciembre al menos en 142 ocasiones y bajo esta misma advocación se nombra y designa a la Santísima Virgen en otras fechas, solemnidades y motivos, con la frecuente adición de los calificativos de «purísima», «santísima» e «inmaculada» puestos ya por modo singular o conjuntamente.

Hemos dicho que la piadosa e inveterada creencia en la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María la profesaba el pueblo español de modo constante e ininterrumpido y desde tiempos alejados y remotos. Su contextura se transparenta bellamente en una preciosa copla, atribuida por unos a fray Francisco de Santiago y por otros a Alonso Bonilla. Es un valioso testimonio de aquella piadosa creencia, que se hallaba esculpida en lo más hondo de los corazones de los españoles y que habría podido grabarse para

perpetua memoria en las fachadas de las casas de nuestros cristianos antepasados. Y decía así:

«Todo el mundo en general
a voces Reina escogida,
diga, fuisteis concebida
sin pecado original».

Como tuvimos ocasión de decir públicamente en un acto celebrado el día 8 de diciembre de 1963 en el Teatro Barcelona de esta Ciudad, con objeto de impedir que la festividad de la Inmaculada se transformase en el día de la madre, este fervor mariano tenía una suprema razón. Duns Scoto, el famoso franciscano defensor del inefable misterio de la Inmaculada Concepción de María Santísima había hallado un argumento que parecía definitivo en las discusiones teológicas. ¿Pudo Dios hacerlo? ¿Era adecuado? ¡Sí! Luego Dios lo hizo. Las abundantes razones teológicas en favor de la tesis immaculista cedían el puesto de honor a aquella estu-penda razón que el pueblo español, por la inspiración del poeta sevillano Blas de las Casas, en un derroche de piedad y de ternura, de luz y de color, había delineado con caracteres de oro en una figura poética llena de gracia y de elasticidad:

«Pudo y quiso hacerlo Dios,
y pudiendo, está sabido,
que os crió sin culpa a vos,
pues mancha en tal vestido
no estaba bien a los dos».

Tan remota, tan firme y tan arraigada era esta piadosa creencia en nuestro pueblo barcelonés, que vino un día, en los comienzos del siglo xvii, en que nadie podía graduarse ni profesar en la Universidad de Barcelona, sita entonces en la parte alta de las Ramblas, junto a Canaletas, sin que previamente y bajo juramento se obligara a defenderla a toda costa. Podemos acudir ahora

a la relación que se hace en la citada fuente del *Manual dels Novells Ardits* y transcribirla en parte, pues no hay espacio para hacerlo íntegramente. El texto lo tomamos de la edición publicada por el Ayuntamiento de Barcelona en XXVI tomos, a partir del año 1892 y que se concluyó en el año 1973, por lo que hace a los últimos nueve tomos, después de liberada nuestra ciudad y España entera por las tropas nacionales del dominio rojo. Y la entresacamos de las páginas 393 y 394, del volumen IX, tal como la transcribimos a continuación:

«DIUMENGE XVIII. En est die [18 de noviembre de 1618] se ha tingut consell de cent cerca de las festas de la Concepció de Nostra Senyora, y per dit efecte com se sia fet memorial per personas eletes, lo qual memorial fou legit en dit consell de cent, lo qual es del tenor següent.»

Y sigue con la inserción íntegra del aludido memorial, escrito por cierto en castellano, y que en la parte que se transcribe dice así:

«Jesús»

«Glorificada sea la Inmaculada Concepción de la Virgen Nuestra Señora, en cuya honra y gloria la insigne Universidad de Barcelona pretende voluntariamente obligarse con un juramento solemne de que todas las acciones públicas de la dicha Universidad, ora sean actos, liciones o, ceremonias o, cualquiera otra acción pública siempre se defenderá la opinión piadosa de la Inmaculada Concepción y no permitirá se firmen conclusiones de lo contrario, y asimismo que de aquí adelante nadie se pueda graduar en la dicha Universidad sin que primero jure defender esta sentencia.

«La forma del juramento será así:

«*Ego NDor vel Mgr, in tali vel, in tali facultate, como cada uno fuere, Jura Deus et Sts. quator Evangelia de semper deffensurum Inmaculatam Conceptionem Purissime Virgine Marie dum michi vita, sic permitio, sic juro et ita deffendur*, poniendo las manos sobre el misal y un papel dorado donde estaba la firma del juramento».

Continúa el dicho memorial delineando minuciosamente los particulares de las ceremonias, fiestas públicas y populares, músicas, luminarias y lanzamiento de cohetes, justas caballerescas y hasta una especie de concurso poético, ordenado de la puntual manera que sigue:

«Item que la Ciudad ordene que se haga un cartel de diversas poesias en romance, latín y catalán, con los premios que pareciere bien a sus magnificencias».

El viernes, 23 del propio mes de noviembre, se reunió nuevamente el «Consell de cent» para ultimar el pro-

grama de las fiestas hacederas y decidió que hubieran tres días seguidos de fiestas, a saber los días de sábado, domingo y lunes correlativos y señalados en el calendario con las fechas de 24, 25 y 26 del repetido mes. Para aquellas generaciones, tan llenas de una fe viva y ardiente, siempre era poco lo que se hiciera para honrar a la Virgen Santísima en el misterio de su Inmaculada Concepción.

Y llegamos aquí al punto capital de este memorable hecho. El domingo inmediato siguiente al de la aludida sesión, o sea el 25 de noviembre, tuvo lugar con gran esplendor el juramento indicado en la forma prevista en el memorial antes referido. Ofició la Santa Misa de pontifical en el altar mayor de la Catedral de Barcelona el señor Arzobispo de Tarragona don Juan de Moncada y predicó el sermón el señor Obispo de Tortosa y diputado de la Generalidad de Cataluña. El señor Virrey y miembros del Consejo Real ocupaban la parte derecha del Altar Mayor, enriquecido entonces con el precioso retablo que hoy luce el de la Iglesia de San Jaime, la izquierda los «consellers» representantes de la Ciudad, hallándose sentados los señores diputados, según es costumbre, frente al indicado Altar Mayor. En el coro tenían asiento los señores Obispos de Barcelona y de Urgel y muchas otras personas relevantes por diversos conceptos. El juramento, bajo la fórmula establecida en el indicado memorial, lo prestaron los doctores en el Altar Mayor, al que subieron ordenada y ceremoniosamente desde el coro donde se encontraban. Concluido todo los señores «Consellers» acompañaron al Virrey hasta la puerta de Santa Eulalia, en la forma y ceremonia de costumbre y de cuya guarda eran entonces muy cuidados y hasta extremos que hoy llamaríamos de «puntillo».

Barcelona durante los tres días expresados se había vestido de fiesta mayor. Engalanada con los mejores damascos y tapices y adornos de todas clases, resplandeciente de luz y en medio del júbilo bullicioso de sus moradores, había reproducido en grandes rótulos o cartelones situados en los puestos más visibles, la preciosa copla al principio transcrita, con una leve modificación para hacerla más expresiva. La sustitución del «diga» y del «fuiesteis» del original por el «dice» y el «sois», que para hacerla más afirmativa, si cabe, le pusieron aquellos buenos barceloneses. Brotaba del fondo de los corazones y la escribieron así:

«Todo el mundo en general,
a voces Reina escogida,
dice: que *sois* concebida
sin pecado original».



LM
SIERRA
GODAY

MCMLIII

La fiesta, como es natural, tenía por principales animadores a los estudiantes y bien hubieran podido todos acabar de festejarla trayendo a los actos esta hermosa coplilla, cuyo autor no recordamos, tan propia de las fiestas navideñas, que se hallaban a un paso de distancia, como una premonición de que a Jesús se llega siempre por María:

«Toca, Blas, el tamborino,
deja la melancolía,
que esta graciosa María
para darnos gozo vino.
Bailemos juntos a dos
y alcemos la voz erguida,
que sin culpa es concebida
la Niña Madre de Dios».

También quisiéramos referirnos, aunque fuese brevemente, a otro hecho ostensiblemente significativo en los anales de Barcelona. Es el hecho de la entrega a «Nostra Senyora Santissima de la Purissima y Inmaculada Conceptio patrona desta Ciutat»; de las cuatro llaves correspondientes a las puertas de las murallas de Barcelona, verificada en la capilla de su nombre el 19 de julio de 1651.

La capilla de la Inmaculada se hallaba entonces en el ángulo derecho del claustro, entrando por la puerta de Santa Eulalia, donde hoy se halla la votiva de 105 sacerdotes martirialmente inmolados durante la pasada guerra civil en la zona vulgarmente llamada roja y pertenecientes a esta Diócesis. Actualmente, y desde el año 1847 se encuentra en la nave mayor de la Catedral, junto a la Capilla del Santo Cristo de Lepanto, y es aquí el lugar en que la Santísima Virgen en sus advocaciones de Purísima e Inmaculada Concepción recibe especial culto y veneración. La imagen original fue tallada por Joan Massat en 1603 y la actual es fiel copia o reproducción de aquélla. El retablo donde se hallaba colocada fue incendiado durante el antes aludido período en el año 1936.

La entrega de las llaves de la Ciudad a la Virgen tenía por objeto ponerla de medianera ante el Señor para que librase a Barcelona del triple azote de la guerra, peste y hambre, que la asolaban.

Poco tardó para que la súplica efectuada a la Virgen Inmaculada, entre nosotros conocida como «de les claus», fructificase con el mayor de todos los beneficios. La guerra, desdichada guerra «dels Segadors» concluiría afortunadamente al cabo de un año y de la mejor manera posible. En una torre cercana al lugar llamado «Mas Guinardó» de San Andrés de Palomar, el domingo día 12 de octubre de 1652, el «Conseller en cap» don Rafael

Casamitjana rendía la ciudad de Barcelona al Jefe de las Fuerzas Reales don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV y después de ofrecer la fidelidad suya y de la ciudad se acogía al amparo del Rey, con reconocimiento de privilegios, franquicias y libertades. Los franceses salían al siguiente día de Barcelona y regresaban a Francia, de donde si hubiera habido buen juicio no debieran haber venido nunca. Al fin, volvían a abrazarse como hermanos los que eran comunes hijos de la Virgen y con el bien de la paz desaparecían las ruinas y miserias que aquella infeliz guerra había traído consigo.

* * *

En el curso de nuestra vida hemos sido testigos de tres maquinaciones para alterar la celebración del Día de la Inmaculada en el día 8 de diciembre.

Fue la primera a raíz de la instauración de la II República Española. El primer 8 de diciembre del período republicano dejó de ser fiesta oficial y a efectos escolares el día se consideró lectivo. La reacción de los católicos barceloneses, regidos por la mano firme y vigorosa del recordado obispo mártir Dr. Irurita, fue admirable y adquirió unas dimensiones de las que quizás nos ocupemos en otra ocasión.

Quedaba abierto un paréntesis de persecución religiosa, a veces larvada, con frecuencia violenta y que alcanzaría caracteres en extremo sangrientos durante el período 1936-1939. Se cerraría felizmente este paréntesis con la liberación de Barcelona por el Ejército Nacional el 26 de enero de 1939 y la total de España el 1 de abril del propio año. La paz religiosa y civil se había restituido a nuestra Ciudad y a España entera, y la celebración de la festividad de la Inmaculada volvía a tener lugar oficialmente el 8 de diciembre, con un entusiasmo y fervor que tenían sus raíces en tiempos antiguos y muy alejados de los nuestros.

La segunda vez fue durante el año 1963, de modo solapado y mediante una intensa campaña, con aparentes fines comerciales, destinada a convertir la festividad de la Inmaculada en el Día de la Madre. Un nombre, ciertamente entrañable, que los hombres no podemos llevar a los labios sin enviarle una montaña de besos desde el fondo de nuestro corazón. Había que hacer frente a esto, porque la campaña avanzaba sutilmente encauzada y se iba poniendo ya al rojo vivo. Don Antonio Pérez de Olaguer, propietario y director de la revista *La Familia* y don Antonio Jordán —dos buenísimas personas— se pusieron de acuerdo y resolvieron celebrar un mitin contra ese proyecto en el Teatro Barcelona, que fue cedido amablemente a este fin. Tuvo lugar el 8 de

diciembre de 1963, festividad de la Inmaculada, e intervinieron como principales oradores D. Ricardo Puncernau, Don Antonio Jordán, el Rvdo. Don Antonio Piña y el Rvdo. D. Sebastián Cirac Estopiñán, catedrático y esclarecido helenista. Tuve el inmerecido honor de abrir el acto, con el teatro lleno a rebosar, y puedo en verdad decir que todo transcurrió en medio de un fervor y entusiasmo tan grandes que permitían abrigar las mejores esperanzas.

Aquellos, ciertamente, eran otros tiempos. Quienes hablamos allí no teníamos ninguna influencia política directa, ni ningún poder de decisión, y el Teatro Barcelona no tenía el peso del aforo de una plaza de toros. Pero la naturaleza del acto debió impresionar a alguien que tuviera autoridad, pues aquella bien orquestada campaña, que había llegado a tener el apoyo de un organismo oficial, se extinguió silenciosamente y el Día de la Madre fue a parar a otra hoja del calendario. El día 8 de diciembre seguiría siendo el gran día de Nuestra Señora la Virgen Santísima bajo la advocación inefable de su Inmaculada Concepción.

La tercera y última de tales maquinaciones se produce ahora mismo cuando se pretende trasladar el día de la Inmaculada, Patrona de España, a otra fecha por motivos laborales, con el fin, según se dice, de que su coincidencia en una misma semana con el Día de la Constitución no pueda abocar a la pérdida de trabajo de varios días. No es de nuestra incumbencia decir lo que debiera hacerse respecto del Día de la Constitución. Ni tampoco es este el momento de entrar en el tema de si sería conveniente reformarla o sustituirla por otra que estuviese acorde con el modo de ser y las tradiciones del pueblo español, y en la que Dios ocupase el primer lugar y estuviese contemplado como el sustento de todos los derechos legítimos y razonables. Pero en cualquier caso la razón alegada para el traslado de la festividad de la Inmaculada a una fecha distinta de la actual y establecida desde tiempos inmemoriales no se sostiene en pie. En un país como el nuestro, donde se pierden tantas horas de trabajo sin ninguna clase de miramiento en grescas y jolgorios a veces impresentables, y en huelgas de tantas clases, justificadas y sin justificar, civilizadas y salvajes, la aparente razón esgrimida viene a convertirse en un simple pretexto. El tema, en consecuencia, ni siquiera merece ser discutido.

Frente a ese proyecto, cuando mis ojos por razón de la edad más que nunca deben mirar al Cielo en vez de abatirse a las miserias de la tierra, quisiera en mi insignificancia hacerme eco del clamor de millares y millares de voces del pueblo español, ahogadas en el silencio, con una ferviente súplica que nace de lo más hondo de tantísimos corazones en honor y gloria a nuestra celestial

Patrona en el misterio de su Inmaculada Concepción. Esta súplica, bien clara y sencilla, la ponemos humildes y sumisamente en las manos de nuestras dignas autoridades eclesiásticas y aún nos atreveríamos a extenderla a las autoridades civiles, políticas, militares y de toda clase por cuyas venas corre sangre del pueblo español, el más mariano de todos los pueblos de la tierra.

¡Que no se hable más de ello! ¡Qué no se pase por ello! Se han roto y se rompen demasiadas cosas y corremos el riesgo de convertirnos en uno de los pueblos más secularizados del mundo que se llama civilizado. No dejemos que bajo especiosas razones y simples pretextos pueda quebrarse el lazo bendito que nos une a la Santísima Virgen bajo la advocación de la Inmaculada Concepción, que desde muy remotos tiempos se celebra el día 8 de diciembre, y que nuestros antepasados tejieron con el hilo de unos amores que no tienen parangón con los amores que acaban consumiéndose en la tierra. Detengámonos, si es posible, a reflexionar sobre un hecho al que no hemos dado la debida importancia. El mal no acostumbra a hacerse en nuestros días con airadas palabras, ni con gestos de violenta persecución, sino bajo el cínico pretexto de unas falaces promesas de bien. ¡No! No parece ser esta la hora de los términos medios, ni de las posiciones vacilantes, ni de una enervante y continuada cesión de terreno, que nos colocaría cada día en posiciones más retrasadas y difíciles de sostener. No es el momento del retroceso sino del avance. Y me agrada, en esta tercera ocasión en que la maniobra de que hablamos se reproduce, llamar confiadamente a las puertas de todos los corazones con las palabras pronunciadas en aquel acto celebrado en el Teatro Barcelona el 8 de diciembre de 1963, en defensa de la celebración en tal día para entonces y para siempre de la solemnidad de la Inmaculada Concepción.

«¡Adelante y buen ánimo! Por Jesucristo bendito que nos redimió con su sacratísima sangre; por la Virgen Santísima que le dio cuna y albergue en su seno virginal; por un sentido de la fidelidad a nuestra condición de catalanes y de españoles; para que las madres de nuestra tierra puedan morir gozosas y seguras de que no dejan a sus hijos desamparados, porque queda velando sobre ellos Aquélla que es Madre de todos y Reina y Señora de los Cielos y de la Tierra; por todas estas invocaciones, en nombre del arte y de la poesía, de la historia y de la tradición, ¡que el día 8 de diciembre sea siempre en nuestra Patria sólo, única y exclusivamente la festividad de la Inmaculada Concepción».

Y como decía mi esposa, q.s.g.h., entregando plácidamente su voluntad a la voluntad de Dios, ¡amén, amén! y tras levísima pausa, ¡amén, amén, amén!

LA DOCTRINA ESPIRITUAL DE SANTA CLARA

Miguel Ferrer Flórez

Principios básicos

El esquema de todo el pensamiento de santa Clara es breve y sencillo. Consiste esencialmente en que el alma atiende y acepte unas llamadas de Dios, responda positivamente a ellas y persevere en el camino libremente escogido hasta el fin de su vida terrena.

Santa Clara, tanto en su proceso de vocación personal como en sus exhortaciones y consejos, considera como paso previo el reconocimiento de la vanidad del mundo, la futilidad de sus valores y su transitoriedad. La consecuencia aparece patente: se deben eludir recurriendo a su marginación.¹

El segundo principio es el principal, pues supone que percibida la realidad contenida en el primero, el alma se decanta por el amor de Jesucristo con su entrega personal sin reserva alguna.²

Luego la alegría del servicio de Dios.³ Santa Clara vivió tan intensamente esta santa alegría que rezuma en todos sus escritos incluso en alguna de sus cartas cuando se entera de que un alma ha dado el paso definitivo hacia la vida contemplativa de Dios.⁴

El último principio es la contemplación de Dios. En realidad, el contenido de la carta IV a Inés de Praga trata esta cuestión.⁵

Los medios necesarios

El principal lo cifra santa Clara en la práctica de la pobreza y el alma que la sigue puede corresponder con más facilidad a la gracia. La concibe el concepto que de ella tuvo su maestro san Francisco, valorándola como la

estimó, practicó y amó de tal modo que llega a ser para ellos el medio más idóneo para llegar a Dios. Santa Clara precisó en su regla su necesidad y alcance hasta unos límites en verdad heroicos. En su Regla le dedica dos capítulos, el VI y el VIII. En el sexto recoge cuidadosamente el concepto que de ella expuso san Francisco en su testamento con palabras emotivas: «*Ego frater Franciscus parvulus volo sequi vitam et paupertatem altissimi Domini nostri Jesu Christi et eius sanctissimae Matris, et perseverae in ea usque ad finem*» (Cap. VI,7). Para mejor inteligencia de la idea específica puntos de gran interés: Las «*hermanas están obligadas de la misma manera a guardarla [la pobreza] inviolablemente hasta el fin*» (Cap. VI,11); «*No han de recibir o tener [las hermanas], por sí o por interpuesta persona, posesión o propiedad ni nada que razonablemente pueda considerarse como propiedad*» (Cap. VI, 12,13); «*Las hermanas no se apropien nada para sí, ni casa, ni lugar, ni cosa alguna*» (Cap. VIII,1).

Es muy curioso, y aquí sólo hay que consignarlo, como santa Clara reitera el amor, la práctica y la devoción a la pobreza a través de todos sus escritos de tal manera, que a excepción del amor y entrega a Dios, no creemos que otra virtud o cuestión sean más ponderadas que la pobreza.⁶

En algún momento, al examinar toda la vida de la santa, sus escritos y el conjunto de toda su obra, se tiene la impresión de que la pobreza y su defensa se convierten en una preocupación constante, casi con cierto carácter obsesivo. Tal sucede con el documento conocido como el *Privilegium paupertatis* (1216 y 1228).⁷ Tanto san Francisco como santa Clara tuvieron una consideración tan grande hacia ella que motivó estas hermosas palabras de la Santa: «*Y no tienen por qué avergonzarse, pues el Señor se hizo pobre por nosotras en este mundo. Esta es la excelencia de la altísima pobreza, que a vosotras, mis*

1. Testimonios de santa Clara: C. a Ermentrudis, 3; Carta I,5, 22; Carta III,20.

2. Ver Carta III,7; Carta IV,9. Entrega personal: Carta II,6.

3. Ver Carta III,9 y 10.

4. Dice la santa: «*Me siento llena de tanto gozo al saber de tu buena salud y de los acontecimientos prósperos con que permaneces firme en la carrera emprendida para lograr el premio celestial y respiro con tanta alegría...*» (carta III, 3-4).

5. Ver «El Camino de Dios» Apartado III. 2, en CRISTIANDAD, núm. 760, octubre de 1994, donde se examina con detalle este principio.

6. La Regla del cardenal Hugolino prescribía la pobreza individual e incluso la comunitaria, ya que prohibía la posesión de propiedad alguna por la comunidad.

7. Ver «El camino de Dios» Apartado II. 2.3, en CRISTIANDAD, número 760, octubre de 1994.

*queridísimas hermanas, os ha constituido en herederas y reinas del reino de los cielos, os ha hecho pobres en cosas y os ha sublimado en virtudes».*⁸

Otro medio completa este camino hacia Dios. Es la obediencia que ha de regir en la vida monacal que inculca a las futuras superiores y a las súbditas («*quae sunt subditae*») Test. 61-67). Indica de modo patente que es «*estrecho el camino*» y «*angosta la puerta*» (Test. 71). La obediencia es para todas las hermanas, desde la abadesa que se sujeta a Dios y a la prosa diaria a través de la observancia de las reglas hasta las hermanas que voluntariamente someten su libertad a Cristo Jesús según las reglas y a la propia abadesa que representa a la autoridad. Esta actitud es la que conduce a la bienaventuranza si saben perseverar hasta el fin. Para Clara de Asís la obediencia es una cuestión tan fácil de comprender porque procede del amor, entrega y servicio a Jesucristo.

Naturaleza de la espiritualidad de santa Clara

El fundamento próximo y aún remoto de toda la concepción espiritual de santa Clara se basa en el reconocimiento de los beneficios que Dios ha concedido al hombre a más de los que todavía se le han de otorgar si corresponde a su gracia. El breve estudio de este rico contenido lo vamos a considerar a través de tres realidades cuidadosamente escogidas y ordenadas por la misma santa: los beneficios de Dios, el camino de Dios y la contemplación y unión con Dios.

Los beneficios de Dios

En el extraordinario documento que es el Testamento de la Santa (1253), dedica 37 puntos a enumerar o considerar los beneficios de Dios.⁹ Alude primero a los beneficios en general que toda alma recibe de Dios («*por los cuales estamos obligados a rendir gracias al mismo Padre glorioso de Cristo*». Test. 2) para después especificar los propios beneficios que las Damianitas han recibido de Dios. Son éstos: la vocación («*cuanta más perfecta, mayor es ésta*». Test. 3); la conversión y camino de perfección gracias al ejemplo, y predicación insistente de San Francisco de Asís



Santa Clara contemplativa de la Eucaristía (según un dibujo de Mn. Jordi Carrera, M.D.)

(Test. 6-13), el hecho de haber sido escogidas —mediante la fidelidad a la vocación— como modelo y ejemplo para muchas religiosas (Test. 19-21)¹⁰; la gracia de desear el seguimiento de Jesús en la penitencia; la obediencia a pesar de la debilidad y fragilidad femeninas a causa de la indigencia, pobreza, trabajo, tribulaciones, ignominias, desprecios del mundo y el saber valorar estas cruces como grandes gozos y alegrías; la clausura voluntaria en el convento (san Damián para santa Clara y sus compañeras) y la *formula vitae* escrita por san Francisco.¹¹

8. Ver Regla de santa Clara. Cap. VIII, 3-4.

9. El documento contiene 79 puntos.

10. Santa Clara intercala aquí el deber de corresponder a Dios por esta gracia recibida y la obligación «de bendecirle, alabarle y a confortarnos más en Él para obrar el bien» (Test. 22).

11. Se refiere la santa a unas normas que dio san Francisco a las Damas Pobres para ordenar algo su vida comunitaria. Sólo se conocen dos que insertó santa Clara en el cap. VI de su Regla (3 y 7) que hablan de la protección que los frailes menores han de dispensar a las Damianitas y al amor a la santa pobreza.

El camino de Dios

La correspondencia a los beneficios enumerados se alcanza con el seguimiento de Jesucristo que en definitiva es la justa correspondencia a la gracia. Este camino de Dios es la segunda nota esencial de su espiritualidad y presupone una serie de condiciones que lo determinan. La primera es el abandono externo e interno de los bienes de este mundo, siguiendo el camino marcado por la pobreza que conduce paradójicamente a la riqueza, a la alegría y al gozo de la verdadera felicidad (Carta I, 15-23). La segunda condición se concreta en atender y escuchar la llamada de Dios que es la vocación a la perfección (C.II, 3-14). Santa Clara explica en qué consiste la naturaleza y razón de ser de la tal llamada¹² permitiéndose intercalar consejos que juzga idóneos originales de Fr. Elías.¹³ Hay, además, una última condición que es la alegría concretada por santa Clara en cuatro fundamentos:¹⁴

— La alegría que nace de su corazón cuando un alma ha comprendido y seguido la llamada de Dios (caso de Inés de Praga).

— La práctica de las virtudes y el seguimiento cuando el alma encuentra «*El tesoro incomparable escondido en el campo*» (C.III, 7).

— La alegría por el camino emprendido.

— La gracia y la verdad de Dios como premio grandioso que Dios otorga a las almas que escuchan su voz.¹⁵

La contemplación y unión con Dios

El sentido y fin del camino de Dios es la contemplación de su esencia hasta la unión íntima con Dios participando de su vida sobrenatural en un grado determinado por la correspondencia a la gracia.

La admirable exposición que hace de la vida contemplativa del alma respecto a Dios sitúa a santa Clara en el grupo de los grandes ascetas y místicos.¹⁶ Conforme se ha explicado al examinar el contenido de

la Carta IV a Inés de Praga, el alma desprendida de la vanidad del mundo, siguiendo la santa pobreza, cumpliendo la obediencia que le impone la vida que en ella libremente ha escogido, correspondiendo así a la gracia alcanza la contemplación de Dios y lo verifica pasando por cuatro fases:

En la primera el alma expresa los deseos de su corazón movida por su amor puro hacia Dios para que éste le conceda el seguir todas las insinuaciones de la gracia y ello porque el alma contempla y considera «*indicibiles eius delicias, divitias et honores perpetuos*» (IV, 28). Luego el alma no sólo expresa el amor sino que se decide a recorrer una senda que le conduzca a Dios.¹⁷

La tercera fase es el abrazo con Jesús, consumación de la larga carrera que el alma ha recorrido para la visión y unión más íntima con Dios. Finalmente el abrazo con Jesús le lleva al beso del mismo Jesús o sea la posesión que el alma tiene de Dios. Es la culminación de la larga ruta seguida por el alma que ha sido fiel a la luz que Dios le ha enviado paulatinamente aunque en forma creciente desde aquel lejano día en el que se decidió a servirle con la debida perseverancia.

Epílogo

Santa Clara de Asís es maestra de la vida del espíritu siguiendo la senda de la ascética franciscana enmarcada en la vida monacal. Pero se tendría una visión completa y por tanto errónea si no se ahondada en el profundo significado de su vida, su mensaje y su ejemplo modélicos para todos los hombres que de veras han pensado el misterio de Jesús y la redención humana. Es factible que sus hermosas enseñanzas y sus prácticas valoraciones de Dios y del mundo puedan vivirse por cualquiera que entienda el camino de Jesucristo como ella lo concibió. Lo trazó hace ahora ochocientos años; mantiene su viveza y vigor para todos. Sólo es preciso aplicar las pautas imprescindibles de adaptación interna y dar el paso a la voluntad de servicio al amor de Jesucristo.

12. Los fundamentos se hallan en el Antiguo y en el Nuevo testamentos:

— A.T.: Gén. 29,16. Cant. 3,4. Salm. 19,14.

— N.T.: Luc. 10,42. Rom. 12,1 y 14,13.

13. Fr. Elías fue ministro general de los frailes menores.

14. Ver Carta III de santa Clara a la beata Inés de Praga.

15. Fácilmente puede comprenderse que todos estos fundamentos se exponen al tratar de la vocación de Inés de Praga (Carta III).

16. Santa Clara expone estos hermosos pensamientos en la Carta IV que dirigió a la bta. Inés de Praga.

17. Aduce para argumentar estas afirmaciones acertadas citas de *El Cantar de los Cantares*: 2,4;1,1-3;2,4-6.

EL PADRE MORALES, S.J. (1908-1994)

Eudaldo Forment

Sesenta y tres años de vida consagrada

El pasado día 1 de octubre falleció, a los 86 años de edad, el padre Tomás Morales, S.I., fundador del Hogar del Empleado, Hogares de Santa María, Milicia y Cruzados y Cruzadas de Santa María. El padre Morales nació en 1908 en Macuto (Venezuela), donde por entonces vivían sus padres por razones de trabajo. Se educó en los jesuitas, en el Colegio Chamartín de Madrid y perteneció a una Congregación Mariana. En la Universidad Complutense de Madrid estudió derecho, obteniendo el Premio Extraordinario de licenciatura. Durante algunos años fue el presidente de la asociación «Estudiantes Católicos». Su perfecto conocimiento de varios idiomas posibilitó que fuese el representante español en el Congreso Europeo de Universitarios Católicos. Se doctoró en la Universidad de Bolonia, recibiendo el Premio Víctor Manuel II.

En 1923, el 31 de julio, fiesta de san Ignacio, ingresó en la Compañía de Jesús. Comenzó su noviciado en Chevetogne (Bélgica). Después de diez años de intensa formación, fue ordenado sacerdote, el 13 de mayo, día de la Virgen de Fátima, de 1942, en Granada. En 1946 regresó a Madrid, iniciando inmediatamente una intensa labor apostólica, especialmente entre la juventud trabajadora y estudiante. Con su método pedagógico de «hacer-hacer» comenzaron sus fundaciones, desde el Hogar del Empleado hasta la del Instituto secular Cruzada de Santa María.

Durante estos casi cincuenta años de constante actividad apostólica, impulsada y sostenida por una continua y profunda vida de oración y de sacrificio, el padre Morales impartió más de quinientas tandas de Ejercicios espirituales ignacianos, dedicó miles de horas a la conversación personal, a la dirección espiritual de muchos jóvenes y a los campamentos en la sierra de Gredos. Otro medio de apostolado que utilizó con gran eficacia fue el de la palabra escrita. Entre sus libros deben destacarse: *Laicos en marcha*, *Hora de los laicos*, *Forja de hombres* y *Semblanzas de testigos de Cristo para los nuevos tiempos*.

Nueva pedagogía evangelizadora

La «estrategia» desplegada en la inmensa acción apostólica del padre Morales, que ha culminado con la fundación de «un nuevo Instituto Secular para la transforma-

ción del mundo del trabajo y del laicado en general, especialmente de los jóvenes», ha sido la de impartir una formación basada en estas normas directivas: «mística de exigencia, espíritu combativo, cultivo de la reflexión, escuela de constancia». Estos «cuatro puntos cardinales», como les llamaba el padre Morales, configuraron un nuevo modo de formación natural y sobrenatural, que se ha revelado de gran eficacia.

En *Forja de hombres* se exponen detenidamente estos puntos básicos de su programa educativo, fruto de su gran experiencia evangelizadora de casi medio siglo, y de su enseñanza a vivir el «Evangelio sin páginas arrancadas». Respecto al primero, precisa, mostrando así uno de los rasgos patentes del padre Morales, su entrañable caridad fraterna: «La exigencia debe ser amorosa, sin dictaduras ni paternalismos, dejando iniciativa, insistiendo en lo eterno, y flexible ante el ambiente». En cuanto al espíritu de ataque, dice justificándolo que «Si al joven no se le incita a luchar, dentro y fuera de sí, contra sus pasiones y contra el ambiente que le rodea, si no se le enseña a tomar la ofensiva, será fatalmente derrotado».

Consciente de que el apostolado se ejercita sobre seres racionales, siempre procuró también en el mismo enseñar a pensar. En la falta de reflexión veía una de las causas de las actuales crisis. Escribe en esta obra: «La educación de la reflexión es tanto más necesaria cuanto que toda la vida de hoy arrastra al joven desde niño, especialmente en las ciudades, a vivir fuera de sí».

Este tercer punto es necesario, pero debe complementarse, porque: «No basta ilustrar el entendimiento con las más nobles ideas. No es suficiente desarrollar en el joven su poder de reflexión. Si no troquela su voluntad endureciéndola con el sacrificio, aquellas ideas quedarán para siempre sepultadas en la fría región de las disquisiciones especulativas, sin que descendan jamás a fecundar la vida».

La educación de la voluntad, el cuarto punto cardinal formativo, no implica un continuo activismo apostólico. El mejor medio evangelizador es la «ejemplariedad alegre en el cumplimiento del deber». Es necesario, por tanto: «Encerrarse en una vida oculta de trabajo y estudio, vivir de fe pensando que la redención de los hombres —aunque realizada definitivamente por Cristo— está vinculada por voluntad de Dios a la inmolación propia, en prolongadas horas subterráneas de vida gris y monótona».

Espiritualidad de los Ejercicios

Confesaba el padre Morales que, en la dirección de los Ejercicios espirituales «Me proponía seguir al pie de la letra el método ignaciano, sin menospreciar ninguno de sus pormenores, que, aunque parezcan intrascendentes, son indispensables para el fin que se pretende». Lo que explicaría la extraordinaria eficiencia de su labor apostólica, porque, como decía el padre Orlandis, uno de los mejores conocedores e intérpretes de los Ejercicios: «Cuando éstos se hacen conforme al modo y orden prescritos por su autor, vienen a ser como un cursillo intenso y práctico de perfección cristiana».

Podría decirse que toda la profunda doctrina de los Ejercicios ignacianos es el ámbito donde se sitúa la espiritualidad del padre Morales. Incluso en los términos «milicia» y «cruzada», con los que denomina sus fundaciones, se advierte el influjo de los *Ejercicios Espirituales*.

Como es sabido, en la meditación del «llamamiento del rey temporal», una de las más importantes del libro de *Ejercicios*, aparece un lenguaje bélico. Como explicaba el padre Orlandis, esta especie de parábola del rey temporal y el rey eterno es posible y muy adecuada, incluso en nuestra época: «En virtud de la analogía que existe entre realidades espirituales o sobrenaturales de orden superior y realidades materiales o naturales de orden inferior. Esta analogía se da entre una guerra justa y de fin noble y elevado y la guerra espiritual a la cual nos llama Cristo contra los enemigos del alma: mundo, demonio y carne».

Significación cristiana

También con san Ignacio, afirmaba el padre Morales la absoluta primacía de la gracia divina sobre la voluntad libre y las obras humanas, y la cooperación del hombre a la misma. Si no resiste a la gracia, llegará por ella a la santidad. En *Semblanzas*, su último libro, que consta de doce volúmenes, uno para cada mes del año, presenta la historia ejemplar de hombres que no han resistido a la gracia, que han llegado a ser santos.

Como indica monseñor Mario Tagliaferri, nuncio apostólico en España, en su prólogo a la obra: «El Padre Morales se revela como un observador excepcional. La aventura de cada santo es única e irrepetible. Pero hay algo en común en todos: la invitación al seguimiento de Jesucristo como camino de la perfección para la que todo hombre ha nacido; el combate espiritual que esta llamada supone; la posibilidad, siempre con la ayuda de Dios, de una fidelidad hasta la muerte, que en la historia de la santidad de la Iglesia

se ha consumado no raramente con el martirio».

A diferencia de la mayoría de «años cristianos», el libro, repleto de interesantes datos históricos y profundas reflexiones ascético-místicas, por su original metodología, es muy adecuado para el hombre de nuestra época. Es de gran utilidad para la formación cristiana, porque es innegable que «el hombre actual escucha mejor a los testigos que a los pedagogos». Además, presenta la santidad de un modo atractivo y capaz de ser imitada; y sobre todo sus acertados comentarios acercan siempre a Dios.

Devoción a la Santísima Virgen María

Otro rasgo esencial del padre Morales, propio igualmente de la espiritualidad ignaciana, es su devoción mariana. Como ha indicado el conocido pedagogo Víctor García Hoz, de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, al valorar la pedagogía que late en su espíritu y en sus obras: «Por encima de todos los recursos humanos, círculos de estudios, marchas y campamentos, hogares-escuela, el espíritu que anima a toda la obra del Padre Morales se puede resumir en el cariño filial a Santa María, en estos tiempos en que nuestra Madre se la hace objeto de tantos desvíos, malentendidos, y aun injurias, y la fidelidad a la Iglesia que tanto sufre también con la deslealtad de algunos que se llaman sus hijos».

El padre Morales murió el día en que la Iglesia celebra la festividad de santa Teresita del Niño Jesús, de quien había escrito: «Estrella luminosa que nos canta esperándonos en el cielo». Además, era sábado, día, desde el siglo X, consagrado a la Virgen Santísima. Por ser primero del mes, estaba vinculado a la promesa de salvación de la Santísima Virgen de Fátima; y por ser de octubre, de un mes consagrado a la Virgen del Rosario, desde las apariciones de la Virgen de Lourdes en la gruta de Massabielle en 1858.

Sobre el rezo del Rosario, gran señal de predestinación, según la tradición cristiana y el magisterio ordinario de la Iglesia, escribió el padre Morales en *Semblanzas*: «Confianza en el poder incomparable de nuestra Reina. Miguel Ángel en el maravilloso Juicio Final de la Capilla Sixtina en Roma, nos ofrece un detalle muy significativo. Sólo lo captas, cuando con ánimo atento, lleno de amor a María, contemplas esa maravilla del arte. Los que se salvan aparecen subiendo al cielo, a la derecha de la figura imponente de Jesucristo Juez, que ocupa el centro del cuadro. Agarrándose unos a los rosarios de otros, van trepando hacia arriba. El Rosario de Sta. María salvando las almas. Vida, dulzura, esperanza nuestra, ruega por nosotros...».